

Dimos cuenta en nuestro último número, de la boda celebrada en San Sebastian, de la bella señorita Mercedes de Jáuregui y Muñoz, hija de la vizcondesa de la Alborada, con D. Florencio Gavito. He aquí a la encantadora novia, que ha recibido en los pasados días pruebas inequívocas de los muchos afectos y simpatías de que goza en Guipúzcoa y en Madrid.

EL CONCURSO DE "GOLF" DE PUERTA DE HIERRO

SITIO de predilecta reunión para nuestra Sociedad aristocrática ha venido siendo, durante los pasados días, el Real Club de Puerta de Hierro, con motivo del concurso de *golf* que se ha celebrado allí a partir de mediados del mes anterior.

Sobre todo, los días que se han visto favorecidos por el buen tiempo, la animación allí ha sido extraordinaria. En el *chalet* se han reunido a diario numerosas aristocráticas personas para almorzar; y, por las tardes, han faltado siempre mesas para el servicio de te.

Tantos los partidos de *golf* como los de entrenamiento de *tennis*, han sido presenciados, pues, por numerosa y muy selecta concurrencia.

En el concurso de *golf*, el primer premio que se jugó fué el de S. M. el Rey, que fué dis-



La señorita de Crecente, ganadora de la copa Santos Suárez.

putado por el duque de Sanlúcar la Mayor, los marqueses de Pons, Moratalla y Córdoba; los condes de Cimera, Salinas, Vallfagona, Catres, Egaña y Fontanar; vizconde de Altamira, Mister Thomas y los señores Mitjans, Pidal (D. P.), Iturralde, San Millán, Mellar, Olivares, Vallejo, Laiglesia, Charles, Cencillo, Martos, Uhagón, Gandarias, Martos (D. L.), Santos Suárez (don Joaquín), Sanz, Creus, Olay, Chávarri, Muñoz y Hurtado.

Quedaron en último lugar, disputándose el premio, el señor Charles y el conde de Vallfagona, demostrando ambos ser muy notables jugadores.

Después de reñida pelea, obtuvo el premio el señor Charles, que fué muy felicitado.

En días siguientes se disputó el premio donado por el conde de la Cimera. Tomaron parte en esta lucha los señores vizconde de Altamira, Corbin, condes de Fontanar, Churruca, Cimera y Catres; Santos Suárez, capitán Charles, Olivares (don L.), Laiglesia, Vallejo, Santos Suárez

(don José), Cencillo, Cabeza de Vaca, Mitjans, marqués de Córdoba e Iturralde.

También fué el premio muy disputado, triunfando al fin don Joaquín Santos Suárez.

Las partidas del campeonato de señoras han interesado también muchísimo. Fueron las jugadoras: la señorita Amalia López Dóriga, la señora de Fokson, la señora de Zia Bey, la señorita de Ibarra, las señoritas Cristina Henestrosa y Paloma Falcó, señora de Cowirick, señorita María Luisa Olivares, señora de Chapa, señorita Blanca Rodríguez Rivas, condesa de Salinas, señorita Luisa Carvajal, señorita Gabriela Alcázar, señorita Mildred Caro, señorita Teresa Ruiz de Arana y condesa de Villagonzalo.

Ganó el campeonato la señora de Zia Bey, cuya victoria fué acogida con grandes aplausos. La duquesa de Aliaga dió después un premio, para señoras, que fué disputado, por parejas, por la señora de Vidal, la señorita de Alcázar, la condesa de Villagonzalo, la señorita de Henestrosa, la condesa de Salinas, las señoritas de Rodríguez de Rivas, Dóriga, Ibarra, Carvajal, Santos Suárez, Cowirick y Ruiz de Arana y las señoras de Pidal, Chapa, Cowirick y Santos Suárez.

Las parejas Amalia L. Dóriga-señorita de Ibarra y señora de Santos Suárez-señorita de Ruiz de Arana, quedaron, al final, frente a frente, logrando el triunfo la segunda, después de un brillante juego de las cuatro aristocráticas deportistas.

La copa de los señores de Santos Suárez, disputada entre elegantes jugadoras, fué ganada por la señorita de Crecente.

Empeñada fué la lucha para conseguir el premio del marqués de Valdefuentes. Consiguio el galardón D. José Vallejo, que tuvo que contender con los señores Madariaga, conde de Catres, Pidal, Gandarias, Chávarri, Thomas, Olivares, Sanz, Cencillo, Creus, conde de Churruca, Laiglesia, conde de Salinas, Saumilla, Muñoz Hurtado, Betts, Uhagón, Gómez Acebo, Palacios, marqués de Valdesevilla, Santos Suárez (don José), y vizconde de Altamira.

Presenciando este y otros partidos, pudo llegarse a la conclusión de que en el *golf*, como en el *hockey*, y en otros juegos al aire libre, ha sabido conquistar España un puesto honrosísimo rapidísimamente. Si hoy en cualquier concurso internacional de *golf* se presentasen muchos de los jugadores españoles que ahora han luchado en el Club de Puerta de Hierro, a buen seguro que, no uno, sino varios, dejarían a gran altura el pabellón de nuestro país. Y es que los españoles, si ponemos amor propio y entusiasmo en una cosa, somos capaces de hacer en dos días lo que otros hacen en dos semanas. Lo que nos falta luego, y es una lástima, es constancia para mantener las posiciones conquistadas.

Pero dejémosnos de digresiones y volvamos al concurso del Real Club de Puerta de Hierro.

Los partidos de campeonato de *golf* para caballeros han sido asimismo muy reñidos. En ellos han tomado parte los señores don José Mitjans, don Enrique Meneses, don Joaquín Santos Suárez, marqués de Córdoba, D. Luis Olavarri, don Luis Olivares, conde de Vallfagona, don Luis Uhagón, don Luis Martos, H. H. Betts, conde de la Cimera, conde de Churruca, capitán Charles, conde de Cuevas de Vera, don Pedro Cabeza de Vaca, don Luis Arana y conde de Salinas.



El conde de Elda con las señoritas de Heredia-Spínola y Monteagudo.

El título de campeón lo obtuvo, ganado en brava lid, don Pedro Cabeza de Vaca, que logró, con él, la copa de la Sociedad.

Mientras tanto, las señoras y señoritas se disputaron el premio de la marquesa de Urquijo. La victoria la obtuvo la señorita de Ibarra, que fué felicidadísima.

Pero no acabaron con este los partidos. El premio ofrecido por los condes de Salinas y don Joaquín Santos Suárez despertó gran interés, inscribiéndose para disputarlo las siguientes parejas:

Conde de Vallfagona-conde de Salinas, conde de la Cimera-don Enrique Meneses, don José Mitjans-capitán Charles, H. H. Bett-conde de Churruca, conde de Cuevas de Vera-don Luis Olivares, Muñoz Hurtado-don A. L. Mellar, conde de Catres-don Pedro Pidal, don Pedro Cabeza de Vaca-marqués de Córdoba, conde de Fontanar-don Fernando Urquijo, don Gabriel Cencillo-don Luis de Uhagón.

La lucha fué verdaderamente reñida.

No hay que decir que las partidas han sido seguidas todas con creciente interés; pues el *golf*, —aunque no se ha popularizado lo que otros deportes entre nosotros,—sí ha adquirido verdadera carta de naturaleza en nuestra sociedad, más aficionada cada vez, por su fortuna, al cultivo de las sanas diversiones al aire libre.

Esto es tanto más satisfactorio desde el momento en que puede ser la iniciación de un desarrollo, en nuestro país, de los deportes más cultivados en el extranjero.



La señorita de Urquijo, una de las más bellas jugadoras.

Fots. Marín.

BODAS ARISTOCRÁTICAS

En la Capilla del Asilo de Huérfanos del Sagrado Corazón, se ha celebrado el enlace de la encantadora señorita Ignacia Dorado y Campomanes, hija de los marqueses de Villanueva de la Sagra, condes de Campomanes, con el capitán de corbeta D. Bernardo Pereira y Borrajo.

Apadrinaron a los contrayentes la señorita María Pereira y Borrajo, hermana del novio, y el marqués de Villanueva de la Sagra, conde de Campomanes, padre de la desposada.

Como testigos figuraron, por parte de la novia, su hermano el marqués de San Fernando, su hermano político, el director de *El Imparcial*, D. Ricardo Gasset; su tío, el coronel de Caballería don Luis Campomanes; don Nicolás Cáceres y don Francisco López Dóriga, y por parte del contrayente, sus hermanos D. Enrique, D. Benigno y D. Pedro Pereira y Borrajo; el ex ministro de Marina Sr. Aznar, el capitán de fragata D. Carlos Boado y el capitán de corbeta D. Enrique Sola.

La numerosa y distinguida concurrencia que asistió al acto fué obsequiada, en una dependencia de la misma iglesia, con un bien servido *lunch*. Los nuevos señores de Borrajo, que recibieron muchas felicitaciones, salieron para Toledo, desde donde prosiguieron su viaje de novios por Andalucía y Portugal.

Les deseamos todo género de venturas.

Muy grata también para la Sociedad madrileña fué la boda, celebrada en la Capilla del Asilo de Huérfanos del Sagrado Corazón, de la bella señorita María Teresa de León y Fernández de Heredia, hija del presidente de la Audiencia de Valencia, con el oficial de Infantería D. José María Fernández de Heredia y Herrero, hijo de los condes de Torre Alta.

Días antes estuvo expuesta en casa de los señores de León la canastilla de la bella novia, en unión de los muchos regalos recibidos por ella.

El Sr. Fernández de Heredia regaló a la que ya es su esposa, unos magníficos pendientes de brillantes, una pulsera de zafiros y brillantes y tres vestidos; los señores de León, a su hija, un collar y sautoir de perlas, pendientes de perlas, pendentif de perlas y brillantes, broche de perlas, broche de brillantes, pulsera en platino de esmeraldas y brillantes, velo de desposada en encaje de aplicación de Bruselas, saco inglés de viaje con juego de plata, seis abanicos antiguos y valiosos encajes antiguos también; los condes de Torre Alta, un broche de perlas y brillantes; su tía y madrina, la señora viuda de León, un reloj pendentif de platino en brillantes; el señor Fernández Heredia (D. Luis), bandeja de plata repujada y dos abanicos antiguos; la señorita de González Lara, un abrigo de pieles de Nutria y Eskun y sortija de perlas y brillantes; el señor Lara (D. Juan Felipe), un abanico de marfil y lentejuelas; el señor González Lara (D. Gon-

zalo), una pulsera de brillantes montada en platino; la marquesa viuda de Mirasol, un abanico antiguo pintado en cabretilla; la señora viuda de Avial, un juego tocador de plata; el marqués de Mirasol, una bombonera artística de cristal y bronce; los señores de Sánchez Cañete, bolso de charol negro con objetos para toilette; los señores de Laredo Ledesma, un sortija de platino con topacio rosa y brillantes; los marqueses de Bajamar, bandeja de plata repujada; la marque-

ña viuda de Benjumea, legumbreira de plata; la condesa viuda del Serrallo, bandeja de plata repujada; los condes de Gondomar, licorera cristal de Bacarrat; los señores de Grotta, estuche de uñas para viaje; los señores de Passarón, estuche de piel para guantes; los condes de Aguilar de Inestrillas, caja de plata; los señores de Escassani, veilleuse de Capo di Monte; la duquesa de Zaragoza, florero de cristal y plata; la duquesa de las Torres, galletero de cristal y plata; la marquesa viuda de Montehermoso, bombonera de porcelana y bronce; los condes de Colombi, bandeja de plata; los señores de Benjumea, cesta de plata labrada; los señores de Dorado, porta-pastas y sandwiches de plata; la marquesa de Somosanco, reloj de oro para mesa; la marquesa de Miraflores *verre d'eau* de cristal y vermeil; la señora de Mariátegui, lamparita de cristal; los marqueses de Pontejos, jarrón indio; los señores de López Ferrer, copa de cristal para flores; los señores de Martitegui, plato de porcelana inglesa para muffins; los marqueses del Norte, copa de Bacarrat para flores; la señorita de García Hernández, cubierto de plata; los marqueses del Castelar, tintero de porcelana



La bella señorita Ignacia Dorado y Campomanes, hija de los condes de Campomanes, y Don Bernardo Pereira y Borrajo, recién casados, firmando el acta del Registro civil.

sa de Casa Lasquetty, bandeja de plata repujada; los señores de Bahillo, bandeja de plata; los condes de Monte Nuevo, joyeros de plata; la señora viuda de Pastor, busto de porcelana; la señorita de Mendivil, estatua de Bhuda; la señora viuda de Nieto, abanico de encaje; la servidumbre de la casa, espejo de plata para tocador; la condesa viuda de Scláfaní, bolsillo fantasía de oro; la señorita de Alvarez de Toledo, bombonera de cristal y esmalte; los condes de Bornos, bandeja de plata repujada; los duques de Santa Elena, reloj de mesa japonés; la señora viuda de Oreyro, espejo de plata; los condes de Vallellano, legumbreira de porcelana inglesa; la señorita de Angulo y Rodríguez de Toro, estuches de piel para guantes y pañuelos; los condes de la Ventosa, reloj con estuche de piel para viaje; la se-

china; Miss Renouf, bolsillo moiré negro; los señores de Puncel, florero de plata; los señores de Gaspar, jarro de cristal esmaltado en color; los condes de Casal, mesa artística; la señorita de Pérez Almunia, ensaladera de porcelana inglesa; los marqueses de Torrehermosa, bandeja de plata; los condes de Muguero, lámpara de plata martelá; los señores de Perreau, bol en cristal tallado; la señora viuda de Wittler, tarjetero de piel; los señores de Togores, porta-monedas de piel con iniciales en oro; los señores de Zabala, jarro de cristal y plata; los señores de Gargallo, cuadro en esmalte de la Virgen de los Desamparados; la señora viuda de D'Estoup, joyero de plata antiguo; la señora viuda de Commeleran, cubiertos de plata; los señores de Vázquez Yllá, porta-tostadas de plata; los señores de Bustamante, copa de cristal Bacarrat; los señores de Muñoz (D. Buenaventura), *corbeille* de porcelana; la señorita García de la Rasilla, copa cristal de Bohemia esmaltada; la señora viuda de Amezúa, marco de Damasco; la señora de Serrat, florero de cristal esmaltado; la señorita de Hevia y señorita de Hazas, bandeja de madera tallada Luis XVI; las señoritas de Landeira, estuche de piel de cerdo con juego para las uñas; los señores de Jiménez, violetero de cristal Bacarrat en colores; la señora viuda de Peláez, tarro de Talavera; la marquesa viuda de Vega de Boecillo, juego de porcelana para desayuno; las señoritas de Llorens, compotera de porcelana inglesa; los señores de Llorens, esenciero de cristal labrado y esmalte; la señora viuda de Ansaldo, tarro de porcelana para mermelada; la señorita doña Aurora Barrios, abanico; los señores de Silveira, mesa pequeña de laca para té; los señores de Piñana, dulcera de cristal esmaltado; los marqueses de Argüeso, pendientes de brillantes onix; la



La bella señorita Carmen Olivares y Bruguera, hija de los condes de Artaza, y don Baltasar Hidalgo, hijo del marqués de Negrón, recibiendo la bendición nupcial.

señora viuda de Nieto, abanico con encaje, y la señora de Nuñez de Castro, bandeja de cristal esmaltado.

El día de la boda, la bella iglesia del Asilo de Huérfanos estaba preciosamente adornada con plantas y flores.

Los novios entraron en la iglesia a los acordes de una marcha nupcial. La novia estaba muy bella, vistiendo elegante traje de tisú de plata, adornado con valiosos encajes.

El novio vestía de suboficial de Ingenieros. De pajecillos sirvieron a la señorita de León dos niños monisimos: Emilita y Luis Martín y Fernández de Heredia.

Fueron padrinos el padre de la novia, don Eduardo de León, que vestía uniforme de caballero de la Orden de Malta, y la señora viuda de León, arrogante, con bonita *toilette* negra y plata y mantilla prendida por hermosa joya. La señora viuda de León fué también madrina de bautizo de la gentil desposada.

Bendijo la unión el Arzobispo de Valladolid, señor Gandásegui, que pronunció luego una sentida plática.

En la iglesia ocuparon lugar preferente las abuelas del nuevo matrimonio, marquesa de Lasquet y señora viuda de Herrero; los condes de Torrealta y sus hijas, los señores de Martir, con su hija mayor, y las dos señoritas de Torre Alta.

A uno y otro lado del prebiterio se colocaron los testigos: el aún presidente del Tribunal Supremo, don Buenaventura Muñoz, el duque de T'Serclaes, D. Luis Fernández de Heredia y D. Gonzalo Lara; su hermano político D. Luis Martín Gordon; sus tíos D. Jorge Fernández de Heredia, D. Vicente Fernández de Heredia, el general subsecretario de Guerra, D. Luis Bermúdez de Castro; el coronel de Estado Mayor don Carlos Alonso, el teniente coronel D. Luis Castañón, el marqués de Figueroa y el conde de las Cabezuelas.

Actuó en representación del Registro civil el magistrado del Supremo Sr. Ortega Morejón.

Terminada la ceremonia, todos los invitados pasaron al salón de fiestas, donde se sirvió espléndida merienda. Allí vimos a las duquesas de Santa Elena, Torres y T'Serclaes; marquesas de Pontejos, Figueroa, Almunia, Bajamar y Miranda de Ebro; condesas del Serrallo, Llobregat y Cabezuelas, y señoras y señoritas de Díez de Rivera, Zaragoza, viudas de Bañer y Despujols, Muñoz, Pastor, Serrat, Laredo, Ledesma, Paserín la Rasilla, García Villa, viuda de D'Estoup, Montojo, Peñena (D. Cristóbal), Larrauci, Baillo (don Ramón, D. Juan y D. Luis); la señorita Margot Bertrán de Lis, dama de S. A. la Infanta doña Isabel, y las señoritas de San Felices, Oquendo, Pastor y Mendivil, Vega de Boecillo, Chao, Olózaga y Montojo; Carocher, Del Río, Aranguren, Rey, Ceballos Escalera, Larrauri, Corral, Pérez del Pulgar, Landáburu, Baillo, Zappino y Peñalva, entre otras muchas.

Los nuevos esposos salieron para Avila, con objeto de hacer una piadosa visita a la imagen de Santa Teresa de Jesús, y luego continuaron para París.

Deseamos a los nuevos señores de Fernández de Heredia muchas felicidades.

EN la iglesia del Buen Suceso, preciosamente adornada con plantas y flores, se ha celebrado el enlace de la bella señorita María del Carmen Olivares y Bruguera, hija de los condes de Artaza, con el distinguido señor D. Baltasar Hidalgo y Enrile, hijo del marqués de Negrón.

Bendijo la unión el Patriarca de las Indias, fray Julián de Diego Alcolea, quien pronunció elocuentes y sentidas frases.

Fueron apadrinados los contrayentes por la condesa de Artaza, madre de la novia, y el marqués de Negrón, padre del novio; y actuaron de testigos, por



La encantadora señorita María Teresa de León y Fernández de Heredia y Don José María Fernández de Heredia, después de su boda.—Fotos Marin.

parte de ella, sus hermanos el marqués de Murrieta y don Julián Olivares y Bruguera; su tío, el ex-ministro vizconde de Eza, y D. Bernardo Villamil; y por parte del novio, el conde de los Andes, marqués de Mortara y los señores Enrile, Bustillo, Díez e Ibarra.

Deseamos a los nuevos esposos eternas felicidades.

OTRAS bodas en Madrid. En la iglesia del Buen Suceso se celebró la de la bella señorita Consuelo Romero de Lecea, con el abogado D. Jesús Álvarez Arranz, hermano del ex-senador don José, siendo padrinos la madre de la desposada, doña Manuela de Lecea y Ceballos-Escalera, y el ex-director de Administración D. José Álvarez Arranz.

Firmaron el acta como testigos, por la novia, los señores Gil Becerril, Sánchez de Toledo (don Valentín), Piñera (D. Luis) y San Juan (D. Francisco), y por el novio, los señores Cierva, Tara-



La bella señorita Manuela Díaz Rubín y Fontela y el marqués de Zabalegui ante el obispo de la Diócesis, que los casó.

mona, D. Baldomero Sol y D. Francisco Contreras.

La distinguida concurrencia, que presenció la ceremonia religiosa, fué obsequiada con un té en el Hotel Ritz.

Los nuevos esposos, a los que deseamos muchas felicidades, salieron para Segovia, con objeto de saludar al abuelo de la novia, el anciano e ilustre escritor D. Carlos de Lecea.

De allí se trasladaron a San Sebastián.

Fué en la iglesia de Santa Bárbara la ceremonia del enlace de la bella señorita María Luisa Oliveras, perteneciente a distinguida familia catalana, con el oficial aviador de Infantería D. Luis López Barzanallana.

Apadrinaron a los contrayentes la madre de la novia, señora viuda de Oliveras, y el coronel de Estado Mayor D. Luis López García, padre del novio.

Los recién casados salieron para Zaragoza y Barcelona.

La iglesia parroquial de la Concepción se vistió de gala para la ceremonia nupcial de la encantadora señorita Carmen Jover y Gallego con el distinguido propietario de Albacete D. Pio Tomás Abellán.

Fué bendecida la unión por el virtuoso párroco D. Jesús Torres Losada, siendo apadrinados por la madre del novio, doña Cristina Abellán de Tomás, y el padre de la novia, D. José Jover y Cabezas.

Firmaron el acta como testigos, por parte de ambos contrayentes, los señores D. Eurípides Escoriaza, don Tadeo Bardaxi, D. Julio Tomás, don Luis Tomás y don José Jover y Gallego.

Los nuevos esposos marcharon a Andalucía.

Y en la parroquia de San Jerónimo se celebró el matrimonio de la señorita Manuela Díaz Rubín y Fontela con el diplomático D. Joaquín Pérez de Rada, marqués de Zabalegui, secretario de Embajada.

DE provincias llegan también noticias de varias bodas. En el santuario de Nuestra Señora de la Fuencisla, de Segovia, se ha celebrado el matrimonio de la bella señorita María de la Paz de Noreña y Gómez Acebo con el ingeniero de Minas don Ramón Rodríguez y Serrano.

La boda se efectuó en la mayor intimidad por el luto de la familia de Noreña.

Fueron padrinos el padre de la novia, don Alfonso Noreña y la señora viuda de Rodríguez.

En Jaén han contraído matrimonio la señorita Asunción Cuenca con D. Andrés Esteban y García de Quesada, hijo del senador D. Luis Esteban.

En Cáceres se ha efectuado el enlace de la señorita María de los Dolores Durán y Torres de Castro, con el abogado D. José Rosado Mayoralgo.

Y en Málaga se ha verificado la boda de la bella señorita Blanca Pries y Gross, hija de la condesa viuda de Pries, con D. Fernando Benjumea y Benito.

PARA el 1.º de Marzo ha quedado fijada la boda de la encantadora señorita María Ramírez de Haro, hija de los condes de Villamarciel, con D. Fernando de Urquijo y Landecheo, hijo de los marqueses de Urquijo.

Con tal motivo están recibiendo los novios numerosos presentes de sus amigos, pues sabido es las muchas simpatías con que cuentan en la sociedad aristocrática.

En breve también serán los enlaces de la señorita María del Pilar de Carrasco, con D. Carlos de Montoliu, hijo de los barones de Albí, y de la señorita Blanca Sáenz de Tejada, hija de la baronesa viuda de Benasque, con don Antonio Fernández de Navarrete, vizconde de Villahermosa de Ambite.

Ambas parejas están recibiendo innumerables regalos.

Teatro

COMICO.—*La entretenida*, comedia en tres actos por Felipe Sassone.

En literatura, en arte y también en muchos otros capítulos de la actividad humana, no hay por qué desdeñar las imitaciones. La imitación supera no pocas veces la obra o la empresa imitadas. El genio, el talento, la aptitud son los únicos factores que cuentan para estimar las obras de arte. Si son puramente originales o están inspiradas aquí y allá, ¿qué importa al justipreciar los elementos de un juicio más o menos acertado?

Digo esto porque la compañía de comedias que actúa en el teatro Cómico, dirigida por Felipe Sassone y con el valioso concurso de la primera actriz María Palou, hace pensar en la compañía italiana de Dario Niccodemi que hemos aplaudido hace poco en la Princesa.

Se trata de compañías que dirige un autor dramático y representan con preferencia a otras obras, precisamente las comedias y dramas de ese autor. Los italianos llevan su repertorio a base de Niccodemi. Los del antiguo Capellanes estrenan, ante todo, piezas de Sassone. Están en su derecho y no seré yo quien ataque la norma de la «inviolabilidad del domicilio».

No quedan aquí los parecidos entre ambas compañías. Sassone, como Niccodemi, es un hijo espiritual en cuanto escribe para el teatro, de Bernstein. *¡Calla, corazón!* y *La entretenida* constituyen alimento intelectual muy superior al que suelen proporcionar otros autores. Sassone condimenta platos fuertes, con pimienta y mostaza. No acaricia la epidermis de los espectadores, no hace soñar con edenes fantásticos, no remonta la tradición clásica hasta Molière, Plauto y Aristófanes. Su táctica es bien distinta. Pretende hacer pensar sacudiendo con fuerza las pasiones; quiere alumbrar la razón con choques violentos de la afectividad, no suavemente aproximando su antorcha al fuego sagrado que guardan las hijas de Vesta. *La entretenida* es un drama psicológico intenso en el que apuntan tres o cuatro tesis. ¿Por qué el señor Sassone no desarrolla por entero una de ellas, la primera verbigracia: el derecho de los hijos a la honorabilidad de los padres?

Los niños tienen derecho a la inocencia y más todavía a que no se manche su alma con revelaciones que han de disminuir su cariño y su veneración a quienes les trajeron a la vida. Sassone inicia, episódicamente, esta tesis que luego deja perder en el desarrollo natural de su obra.

La tesis central, que adquiere pleno desenvolvimiento, es simpática porque es feminista. Me parece que está planteada a la inversa. No es la mujer la que puede disponer libremente de su amor y hoy concedérselo a este y al otro mañana. Es el hombre el que debe tener las mismas trabas que la mujer para todo amor que no sea legítimo. El verdadero amor, «el que se funde en ser honesto», como dice Cervantes, no se acaba nunca y tiene que reconocer como principio y consecuencia natural la indisolubilidad del vínculo. Si en vez de vivir en el amor y para el amor vivimos para los amos y las aventuras, entonces la tesis de *La entretenida* no tiene solución racional. Coralito Jiménez, la protagonista de Sassone, puede verse un día abandonada o despreciada por el escultor José Fernando, como ya desde el comienzo de la pieza ve los desdenes con que la trata su amante Diego, vizconde de Casañal. La prostitución, en cualquiera de sus grados y de sus formas, es un aspecto de esclavitud. La mujer que claudica en su dignidad personal, se convierte de persona en cosa y todos los desaires, olvidos y sinsabores de que es víctima Coralito Jiménez, son resultado natural de su condición. Si a dos añadimos, necesariamente tienen que resultar cuatro. Póngase en una mujer desgraciada la conciencia de la dignidad y enseguida surge el tormento interior, que desgarró el alma de Coralito cuando ve que Diego no quiere darla su nombre, ni

reconocer a la hija del pecado, ni estar a su lado siquiera y llevarla consigo por el mundo, a la luz del sol, como a esposa a quien se respeta y se exige de los demás que la respeten a su vez. El vizconde cree haber quedado caballerosamente con Coralito sosteniendo un lujo a que ella no estaba acostumbrada y colmándola de joyas, de regalos, de dinero. Coralito recuerda los tiempos en que era pobre y se ganaba la vida con su trabajo. ¡Entonces si que era libre, independiente y venturosa! El destino pone junto a ella a José Fernando, un muchacho soñador, artista y honrado como el que más. La quiere con toda el alma y sueña con hacerla su compañera. Al enterarse que pertenece a otro y que no es digna de su amor immaculado, la rechaza con horror y el concepto de dignidad y de honradez que vive en Coralito crece, se agiganta, toma proporciones desmedidas.

Quisiera no haber pecado nunca. José Fernando la exige que abandone al vizconde si han de vivir el uno para el otro, como requiere la pasión devoradora de ella y de él. Coralito padece una enfermedad. Ya curada y merced a unas circunstancias que ponen de relieve el egoísmo y la hipocresía de su familia—hermanos y tíos—que solo la quieren por su dinero, huye con el escultor. El amante sale tras ella; la encuentra en un hotel de Cádiz; pretende reclamar lo que él dice que es suyo. Entonces Coralito expone su tesis del derecho de la mujer a ser siempre persona y disponer de su amor. La comedia termina con la intervención de un marqués, amigo a un mismo tiempo de Coralito y de Diego y que es en la pieza un tipo de *porte parole* o *raisonneur* que no se logra, que no llega a cuajar dentro de su naturaleza específica.

Felipe Sassone—no hay que dudarlo—es un excelente dramaturgo. En *La entretenida* (comedia un poco a lo Dumas hijo con su afán en cierto modo moralizador) vemos una figura central muy bien trazada. Coralito Jiménez vive, sufre y vence sobre la escena, como mujer, a los egoísmos de los hombres. Ya significa un acierto por parte del autor el haber fabricado una mujer y no un muñeco sin alma. Los demás personajes de la obra no viven ya del propio impulso; circulan como sombras, fondo necesario para que se destaque la protagonista. La psicología de Coralito no peca precisamente por la complejidad. Antes al contrario es la sencillez misma. Hay que tener en cuenta que el autor pretende haber copiado directamente del natural y en las capas sociales inferiores del pueblo español no suelen producirse psicologías complicadas.

Digo «pretende haber copiado» y no sencillamente «ha copiado» porque el tema de la mujer caída que quiere levantarse, ya por un amor puro, ya por arrepentimiento, es más libresco que real. Lo impuso el romanticismo y se explotó con toda abundancia durante el siglo XIX.

Sassone está llamado a muy altas empresas en la dramaturgia española. Necesita medios sociales más refinados, complejos y cultos de los que ha elegido hasta ahora. *La entretenida* es una buena comedia pero la verdad, el que en España estemos todavía en los tiempos de Dumas hijo y de Augier, no deja de producir lástima.

El conjunto de la compañía está bastante entonado. Sobresalen la admirable María Palou y Ramiro de la Mata.

LUIS ARAUJO-COSTA.

AL PIE DEL ACUEDUCTO DE SEGOVIA

¡Fabrica portentosa!... Tienes la majestad de las excelsas obras que afrentan a la muerte, y el secreto sublime de lo magno y lo fuerte, inmovible casi como la eternidad.

Tu insigne fortaleza, y tu perennidad, a graves pensamientos mi espíritu convierte.

Tú perduras, agosto. ¡Ay, cuán distinta suerte la de los que te hicieron esa inmortalidad!

A tus nobles sillares, ¡qué de soles besaron!

¡Y cuánta varia gente, y cuánta extraña raza por bajo de tus arcos hormigucantes pasaron!

Sabes de las historias de un bello tiempo viejo, que revive y esplende en tu secular Plaza, la ilustre y segoviana Plaza del Azoguejo.

A. de S.

SEMBLANZAS

S. R. M.

DOÑA VICTORIA EUGENIA

REINA DE ESPAÑA

Varios artículos publiqué ya en esta aristocrática Revista, que se honra con la dirección de León-Boyd; pero fueron artículos sueltos, sugeridos por el encanto personalísimo de aquellos a quienes fueron dedicados, y publicáronse sin orden ni enlace. Hoy ya, ordenadamente, me propongo reunir en selecto ramillete lo más florido de nuestra aristocracia; formar un brillante de múltiples y variadas facetas representadas por cada una de las damas que, al ser irrisaciones de la piedra preciosa, contribuyan con su hermosura, virtudes y nobleza, a aumentar las esplendideces de la Corte.

Así, pues, sucesivamente, iré presentando a mis lectores la silueta de una dama española, y como solo españolas serán las que me ocupen, sea la primera a quien ofrende mi homenaje de admiración y respeto, la propia Reina Doña Victoria Eugenia, que si fué inglesa por su nacimiento, ahora es española por su corazón, agrupándose alrededor de su Trono todas las señoras de la nobleza.

Primera flor de España de extraordinaria hermosura es nuestra joven Soberana, bonita y buena, que lleva luz del cielo en las azules pupilas, reflejos de oro en los caballos y blancor de espuma en la frente, siendo la belleza del rostro, fiel reflejo de la gentileza de su alma. Amante esposa y madre modelo, como mujer, realiza la dulce felicidad del hogar, prestándole todos los encantos de su virtud ocupándose de sus hijos con tierna solicitud, vigilándolos constantemente y atendiendo hasta los más insignificantes detalles en la vida de seres tan queridos, al mismo tiempo que como Reina piensa en su pueblo, entregándole un poco de su corazón.

Nadie ignora la caridad de nuestra hermosa Soberana con los pobres, los niños y los heridos de guerra. Nunca niega su nombre ni su patrocinio a ninguna obra benéfica, porque el tesoro inagotable de ternura que su alma encierra, no sabe negar un consuelo al que sufre, inculcando a las Infantitas este espíritu de generosidad y enseñándolas a que ellas confeccionen por sí mismas la humilde prenda destinada a cubrir el aterido cuerpo del pobre...

El ropero Reina Victoria es prueba evidente de su caridad, así como la institución de la fiesta de la Flor para defender a los infelices pretuberculosos de un mal que amenaza destruirlos... Esa fiesta,—no hay duda,—debe ser una de las predilectas de la Reina, pues la alegría reflejada en su angelical semblante, cuando acompañada de su augusto esposo Don Alfonso XIII, o de sus hijos, recorre las calles de Madrid, viéndose asaltada constantemente por las postulantes que rodean el coche demandando donativos, revela también la felicidad que siente, al ver secundada su obra en pro de la España que sufre.

En el afán incansable de hacer el bien, su acción no se limita a los que vé y cerca de ella viven; hay un girón de alma de Hispania al otro lado del Estrecho, y cuando extiende la dulce mirada a los que allí ofrendan sus vidas en aras de la Patria, tiene para ellos un gesto soberano de ternura, fundando entonces la «Cruz Roja», haciendo que las damas enfermeras sean mensajeras de cariñosa solicitud y alegría para los que sufren por España.

Ella, abandonando las fastuosidades palaciegas, visita los asilos para derramar consuelos y socorros; ella alegra con su reir cariñoso la alma inocente de las pequeñas criaturas que el infortunio persiguió, y ella, en fin, escucha conmovida los tristes ayes del enfermo queriendo ser lenitivo de su dolor.

Reina gentilmente hermosa y sencilla, por su bondad y virtud es el Ángel de la Caridad que España bendice orgullosa de haberla hecho suya, trocando cada lágrima que enjugó amorosa, en tiernos besos de amor...

TORRES DE GUZMÁN

GENTE DE PLUMA

CRONISTAS DE SOCIEDAD

CON perfecta y sobrada razón ha puesto de relieve un querido colega nuestro la austeridad de los periódicos, que rara vez molestan al público, hurtándole el más leve espacio de sus hojas volanderas, para hablar de ellos mismos, de sus glorias, de sus anhelos y de los artifices que en sus páginas laboran. Cronistas y periodistas están consagrados de por vida al servicio del público, dueño y señor de todos, que nos esclaviza y nos consume... Sus plumas están siempre dispuestas para halagar y ensalzar a los extraños y para favorecer a todas las empresas, desde las más altas a las más humildes; acrecen y bruñen las reputaciones de personajes y personajillos, y crean y consolidan muchas que de otra suerte hubieran permanecido en la obscuridad, de donde acaso no debieron salir.

Sobre las columnas de la Prensa, tan débiles y deleznales en la apariencia, tan firmes en la realidad, se encumbraron, merced al esfuerzo y a la eficacia de las plumas, muchas grandezas, innumerables medianías, infinitas nulidades también... ¡Qué inmensa trascendencia no tiene, en todas las manifestaciones de la vida, esta labor persistente, diaria, tenaz, de la Prensa, por débil y humilde que parezca!...

En cambio, ellos, los periódicos y los periodistas, permanecen austeramente en la penumbra, los más en la sombra del anónimo, modestos y silenciosos, sin aprovechar en beneficio propio la enorme fuerza que representan, recibiendo una recompensa mezquina en relación con el esfuerzo rendido, sean los que fueren sus méritos. Por cada mil figurones que se encumbran, merced a los periódicos, subirá a las alturas un periodista, por justos títulos, pero llevado casi a la fuerza, como si aún temiera usurpar el puesto honradamente ganado... ¡Y aún hablan mal de ellos hasta los mismos que les debieron fama y encumbramiento, envolviéndolos en injustas acusaciones!... ¡Esos plumíferos!...

Estos males que acaecen con la gente de pluma en general, parece que se extreman y agravan con los cronistas de salones, que ni aun entre sus colegas de oficio llegan a alcanzar la estimación y el aprecio que periodísticamente merecen. La crónica de sociedad, un poco falseada, aburguesada y aun vulgarizada en nuestro tiempo, que tiene más de gacetilla que de crónica, ha llegado a ser un verdadero género periodístico; sus cultivadores, escasos antes, van siendo numerosos, relativamente. Las reseñas de bailes, recepciones y otras fiestas aristocráticas y las secciones de sociedad, que recogen todas las notas del vivir de ese pequeño y dorado círculo que se ha dado en llamar «gran mundo», han adquirido ya carta de naturaleza en los periódicos. Pero entre los mismos periodistas la crónica de salones es considerada como un género literariamente inferior, y el cronista se encuentra un poco a extramuros del periodismo y de la literatura.

Aparentemente, el cronista de sociedad es un ser feliz, sin pena ni gloria, que se divierte sin descanso y a quien se agasaja y mimas en todas partes. Pero ni aun en este punto puede ser completa su satisfacción, sino muy relativa. Porque no se agasaja y mimas al cronista por su persona, por quien es en sí, sino por el periódico que representa y por la pluma que esgrime. Y habido esto en cuenta, si el revistero de salones no se hiciera superior a las circunstancias y aun a las gentes que le rodean, su satisfacción amenguaría tanto que llegaría a convertirse en una verdadera amargura.

Recordando una conocida frase, podría decirse que el revistero de salones es un escritor o un periodista que puede hacer lo que hagan los demás... y además crónicas de sociedad. Entre los que cultivan el género se da muchas veces el caso de ser ellos notables literatos que en la novela, en el teatro y aun en el periodismo político alcanzaron justa fama. Altos ejemplos de

ello son el ilustre don Ramón Fernández [de Navarrete y el exquisito don José Gutiérrez Abascal, más cercano a nuestro tiempo.

Pero refiriéndonos especialmente a la crónica de salones, no es el género tan sencillo, ni tan accesible a todas las facultades, que merezca el menosprecio. Por el contrario, es un género delicado, difícil y espinoso, que requiere muy especiales dotes para su cultivo. Inteligen-



Don Ramón Fernández de Navarrete (Asmodeo), iniciador del género.

cias pleclaras, literatos eminentísimos, fracasaron al querer cultivar la revista de sociedad. Conocido es el caso del insigne don Pedro Antonio de Alarcón, recordado por *Mascarilla*. Quiso el gran novelista escribir las crónicas de sociedad, a las que sin duda alguna, su brillante estilo y su talento descriptivo podrían dar extraordinario relieve, en la reseña de fiestas importantes. Pero como el buen cronista ha de ser también



Don José Gutiérrez Abascal (Kasabal), maestro de la crónica aristocrática.

noticiero, en este aspecto fracasó ruidosamente el autor de *El Escándalo*. En una ocasión se le ocurrió anunciar una boda que aun no estaba oficialmente concertada, y al hacerse pública de este modo estuvo a punto de romperse. En otra ocasión aludió a un conato de divorcio que al fin se pudo evitar, y su apresuramiento le acarreó varios disgustos y hasta una cuestión personal.

Las dotes principales del buen cronista son la discreción y el tacto. No estriba todo en dar muchas noticias y en escribirlas con el mayor arte posible. Hay que saber tratar con la gente, lo cual es ciencia que no todos poseen, aunque sus raíces son bien superficiales y hay que saber lo que se puede y debe decir; esto lleva acoplada la obligación de saber callar, ya que no es lícito contar todo lo que se oye y se sabe, lo cual es un rasgo de sabiduría poco común. El arte del cronista debe consistir, principalmente, en hacer sencillo, llano y fácilmente digerible, un género que de por sí es harto empalagoso y expuesto a caer en el cursi.

La discreción del revistero ha de ponerse de relieve hasta en aquella sencilla y gratuita tarea de halagar y elogiar a las gentes. El halago y la alabanza deben ser oportunos, prudentes y justos. Un elogio intempestivo y desmedido hace incurrir en pecado de adulación; además se corre el riesgo de poner en ridículo a la persona ensalzada. También se debe huir de lo minucioso con exceso, pues ello expone a la pesadez y aun a la indiscreción. Hay cronistas tan minuciosos, tan amantes del detalle, que en cualquier ocasión se consideran obligados a hacer biografía de toda persona enaltecida, sin olvidar el detallito de la fecha del nacimiento. Y cuando la persona es una dama, y cuando la dama llega a ser cincuenta y hasta sesenta, el halago se convierte en delito de lesa galantería.

Véase, pues, cómo esta grata tarea de halagar a la gente no es tan sencilla como parece. Al aplicar un elogio o un piropo, hay que atender no solamente a la persona a quien se elogia, sino a las que se mueven en el círculo en que viven. La alabanza prodigada a unos, puede ser molesta para otros. Porque este pequeño y dorado mundo, como todas las esferas sociales, está lleno también de pequeñas debilidades, con las cuales hay que transigir, procurando no herir susceptibilidades de nadie.

La crónica de sociedad, a pesar de ser tan favorecida por el público, no solamente por el que vive en las altas esferas, sino por la clase media en general, que gusta de conocer la vida y las fiestas de la aristocracia, imitándola ya en muchos casos, no goza los privilegios que otras especialidades de la literatura periodística. Los autores de artículos, crónicas y cuentos coleccionan en libros sus trabajos, y ven así renovada la vida de sus creaciones. Las crónicas de sociedad gozan notoriedad pasajera; brillan un día y mueren al siguiente, entre el farrago de telegramas y noticias de las hojas periodísticas, y el revistero se ve privado de aquella pequeña satisfacción de su vanidad.

Cierto que la revista de salones no tiene aquellas cualidades que pueden exigirse a los demás trabajos literarios que son perpetuados en el libro. Son narraciones rápidas, aunque atildadas a veces; impresiones del momento que pasa, reflejos fugaces de la actualidad. Pero debé tenerse en cuenta también que estas informaciones de la vida social contemporánea, aparte del interés que tenga la evocación de su recuerdo para los que fueron actores y comparsas en las fiestas del «gran mundo», podrían servir, andando el tiempo, como documentos curiosos, para los estudiosos que gustan de evocar el pasado y sus enseñanzas en libros de historia, o simplemente de memorias o de curiosidades retrospectivas.

Dos loables intentos hemos conocido que se encaminaban a dar cierta perdurabilidad a las crónicas de sociedad. Uno de ellos fué el libro del ilustre cronista *Monte-Cristo* «Los salo-



El marqués de Valdeiglesias que ha popularizado en sociedad el seudónimo de «Mascarilla».

nes de Madrid», que pronto prodrá tener una segunda y más completa parte en la colección de notables artículos que viene publicando en la revista *Blanco y Negro*, sobre casas y palacios aristocráticos. El otro intento lo representan los interesantes libros que en varios años consecutivos publicó nuestro *Leon Boyd* con el título de «El año aristocrático». Cada uno de ellos era una verdadera historia social del año, que aun conservaba el aroma de la actualidad... Como estos libros de Enrique Casal y como aquellos de *Monte-Cristo*, ¡cuántos no pudieran publicarse, llenos de interés y amenidad, con los centenares de crónicas del maestro *Mascarilla*, almacenadas en la biblioteca y en el archivo de *La Epoca*!

Como cualquier otro género periodístico, o cualquier iglesia o capilla literaria, la crónica de sociedad tiene sus precursores, sus maestros, sus oficiantes y hasta sus acólitos. Los cultivadores de la revista de salones pudieran considerar como su apostol a don Ramón Fernández de Navarrete, el gran *Asmodeo*, inventor del género, que tan justa popularidad dió a aquel seudónimo. Y véase lo que son los contrasentidos. Fué Navarrete uno de los escritores y periodistas más notables de su tiempo: articulista político, que mereció ser designado para primer director de *La Epoca* y que lo fué solamente un día; autor dramático, de ingenio cáustico y gracia exuberante, que dió a la escena más de ochenta obras, entre originales, adaptadas y traducidas; poeta inspirado y fácil y novelista de fértil imaginación y de limpio y castizo estilo, que publicó buen número de interesantes novelas, amén de otros volúmenes de cuentos y artículos. Sin embargo, la fama y la gloria de Navarrete han trascendido a nuestros días por ser el precursor y el único cultivador en su tiempo de la crónica de sociedad *Asmodeo* obscureció a Navarrete.

La primera revista de salones se publicó el día 25 de Abril de 1849, en el número 25 de *La Epoca*, el periódico decano de Madrid, ilustre implantador y principal cultivador del género. No llevaba firma, por razones especiales; pero se sabía que su autor era don Ramón de Navarrete, que muy luego había de popularizar el seudónimo de *Asmodeo*. Se reseñaba en ella la inauguración del teatro que la Reina Doña Isabel II había hecho instalar en Palacio. En la fiesta, a la que asistió la flor de la sociedad aristocrática, se cantó un *Himno*, letra de don Juan Peral, música del maestro Hernando, y los actores del teatro Español representaron la comedia original de Navarrete *Caprichos de la Fortuna* y el sainete *Un diablillo con faldas*, arreglado del francés por el mismo escritor. De

esta crónica, que pudiéramos llamar piedra angular y cimiento del género, arranca el origen de la revista de salones.

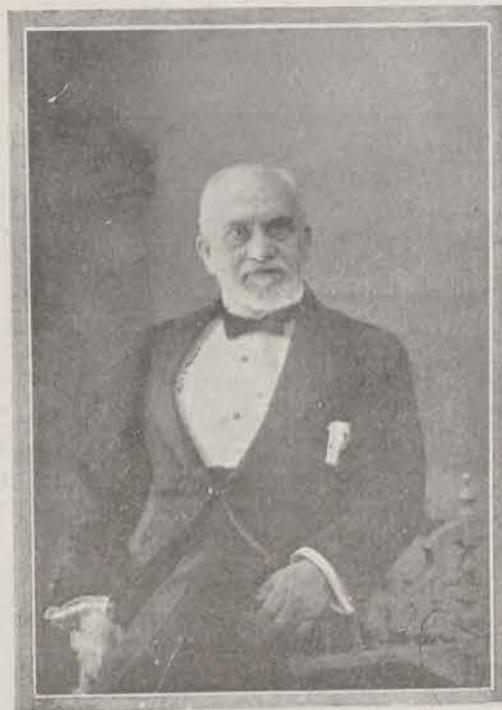
Maestro insigne de la crónica fué luego el inolvidable *Kasabal*, don José Gutiérrez Abascal, que también la cultivó en *La Epoca*. Como Navarrete, fué Abascal notable literato, gran periodista político y hombre de fino y cáustico ingenio, que publicó novelas, cuentos y crónicas exquisitos, trabajando hasta los últimos días de su vida. Sin embargo, ha dejado, como *Asmodeo*, su fama en la revista de salones. En los últimos años de su vida dirigió el *Heraldo de Madrid*, sustituyendo a Augusto Suárez de Figueroa, y siguió cultivando la crónica de sociedad, aunque por sus achaques iba ya poco a los salones; una frase suya, un rasgo de ingenio, bastaba para dar relieve a cualquier crónica. Ningún año dejó de concurrir a la fiesta con que el día de la Concepción obsequiaba a sus amigos la ingeniosa marquesa de la Laguna, rival por su gracia de la famosa condesa de Campo de Alange. Abascal regalaba siempre a la popular dama un artístico abanico, cuyas ilustraciones recordaban las principales efemérides del año. Muerto *Kasabal*, le sustituyó en tal regalo el novelista Antonio de Hoyos, marqués de Vinent.

En nuestro tiempo corresponde el título de maestro y decano de la crónica de salones al ilustre *Mascarilla*, Alfredo Escobar, marqués de Valdeiglesias, director de *La Epoca*, que en su periódico ha popularizado aquel seudónimo. Gran periodista, trabajador infatigable y hombre de fecunda imaginación, Valdeiglesias ha tocado en el periodismo todos los géneros y ha publicado interesantes libros, y aun sigue siendo, a pesar de los años, un enamorado del oficio, que labora con el entusiasmo de los años mozos. Pero su nombradía principal la ha debido a la revista de salones. En este arte, como ha dicho un querido colega, ni el gran *Asmodeo*, que lo inventó, ni *Kasabal* luego, hicieron tanto como *Mascarilla*, porque si fueron literatos más exquisitos, eran menos periodistas. Los cronistas que han venido luego no han inventado nada, y no han hecho más que seguir las huellas de *Mascarilla*. Con los millares de crónicas amenas que escribió Escobar, de descripciones de palacios y casas y de otros asuntos, se podría formar toda una biblioteca interesante y amenísima.

Otro cronista ilustre, maestro también en el género, es el simpático *Monte-Cristo*, don Eugenio Rodríguez Escalera, autor de centenares de notables crónicas y de libros interesantes, cuyos merecimientos fueron recompensados recientemente con la gran cruz de



Don Enrique Casal («Leon Boyd») Director de «VIDA ARISTOCRÁTICA»



El ilustre cronista don Eugenio Rodríguez Escalera («Monte Cristo»).

Isabel la Católica. Como *Asmodeo*, *Kasabal* y *Mascarilla*, ha logrado *Monte-Cristo* hacerse popular, lo cual parece una paradoja, tratándose de un género que nunca podrá conseguirse. A ello ha contribuido la buena tribuna de *El Imparcial*, desde la cual oficia y de la que es una de las principales columnas.

Entre los oficiantes de esta reducida capilla literaria y periodística figuran en la actualidad nuestro *Leon Boyd*, de quien no debemos nosotros hacer el merecido elogio, que sustituyó en el *Heraldo* a *Kasabal*, cuando murió el maestro; el *Abate Faria*, don Agustín Retortillo y Mac-Pherson, veterano de la crónica, que contribuye a dar amenidad a *El Debate* con su diaria revista; *Gil de Escalante*, el simpático cronista del *A B C*, poeta y literato de notables vuelos, que ha dado justa notoriedad al nombre de Juan Spottorno; la señorita María de Perales, dama y cronista discretísima que maneja la pluma con singular acierto; el ingenioso y ameno *Tomillares*, Nicolás Jordán de Urries, que andando los años será un maestro de la crónica, si la voluntad le acompaña; el joven Fernando de Aguilar, laborioso y distinguido cronista de *La Correspondencia*, que ya ha hecho justamente notorio el seudónimo de *Almazor*, un tanto paradójico en estas pacíficas labores de la crónica; Miguel de la Cuesta, de excelentes dotes de escritor y novelista, y algunos otros a quienes sentimos dejar en involuntario olvido.

No faltaron en alguna ocasión literatos y académicos ilustres, que por mero capricho literario quisieron llevar a la crónica de sociedad las sales de sus ingenios. Sin contar el caso de don Pedro Antonio de Alarcón, nosotros recordamos el del marqués de Molins, que trazó una crónica maestra de un gran baile de trajes celebrado en el palacio de Cervellón, señorial residencia de los duques de Fernán Nuñez. Tampoco faltan aristocráticos colaboradores anónimos de ambos sexos, que envían sus noticias al cronista para alcanzar la recompensa de una cita, nunca regateada.

Los «acólitos» han sido y son numerosos. Trabajan en la crónica *per accidens*, auxiliando a los maestros y guardando un perfecto incógnito. Alguna vez fueron tan valiosos auxiliares poetas y literatos eminentes cual el cronista Luis Alfonso, el ilustre y querido vate Carlos Fernández Shaw, el simpático y malogrado bohemio Pepe Siles, con algunos otros de nombre justamente apreciado, que llegan hasta el presente momento de la actualidad y que no debemos dar a la pública luz. Entre esos «monagos» de la revista de salones tiene el honor de contarse el que suscribe, que no aspira a ser oficiante, y mucho menos a maestro...

TRISTAN

ESCRITORES ARISTOCRÁTICOS

LOS VERSOS DEL MARQUÉS DE MOLINS Y LAS POESÍAS DE LA SRTA. DE ROCA DE TOGORES

Cuando nos disponíamos a trazar estos renglones, dedicados a la buena memoria de aquel gran poeta y buen político que llevó el título de marqués de Molins, —continuando la serie de artículos que recientemente comenzamos con el del duque de Villahermosa,—llegó a nuestras manos un bello libro de versos, que,—¿porqué negarlo?,—nos inspiró curiosidad por el nombre que a su frente figuraba: «Poesías», de la señorita María Teresa Roca de Togores y Pérez del Pulgar. Y aun cuando en más de una ocasión habíamos oído hablar con elogio de la hija de la marquesa de Alquibla y en el verano último habíamos sabido que en La Granja admiró a no pocos aficionados a la literatura con la lectura de versos propios, comenzamos a hojear el elegante volumen, más llevados por el mencionado sentimiento de curiosidad que por un verdadero interés.

Confesamos que el bien escrito prólogo de D. Carlos Luis de Cuenca nos indujo ya a no suspender la comen- zada lectura. Y hemos de declarar que, en cuanto conocimos tres o cuatro composiciones, pudimos advertir que nos hallábamos ante una gran poetisa, digna heredera de aquel ilus- tre varón que honró, también con las galanuras de su pluma, el apellido de Roca de Togores.

Y he aquí que, sin darnos apenas cuenta, quedaron asociados en nues- tra imaginación los nombres del inol- vidable vate y de la naciente escritora que con tan importante bagaje se pre- senta en la palestra literaria. Y si ha- bíamos de dedicar,—porque tal era nuestro primer propósito,—una cróni- ca a la obra poética del primero, ¿por- qué no unir a ella cuanto pudiéramos decir, en trabajo aparte, de la segun- da? Rama hermosa del noble árbol de Roca de Togores es la autora de las poesías que tenemos a la vista. Y no será aventurado afirmar que habiendo en ellas una bien marcada personalidad, existen entre los versos del ilustre poeta y de su noble descendiente innegables afini- dades de gusto y de temperamento.

Hablemos primero de D. Mariano Roca de Togores, marqués de Molins, vizconde de Rocamora, que fué tercer hijo del conde de Pinohermoso y de la condesa de Villa Leal, grandes de España de primera clase. Educado en Madrid a mediados del pasado siglo, fué compañero de colegio de Espron- ceda y D. Ventura de la Vega, del marqués de la Pezuela, de D. Aureliano y D. Luis Fernández Guerra y de otros jóvenes que luego habían de adquirir, como escritores, justa nombradía. Cuando al morir el Rey Fernando VII, se encendió en España la guerra civil tenía veinte años y fué de los grandes de España que se decidieron, de manera entusiasta, por Doña Isabel II. En política, se afilió en el partido moderado o conservador, siendo diputado en varias le- gislaturas y, más tarde, por tres veces, ministro.

Pero como su afición primordial fué la literatura y especialmente la poesía, puede decirse que a esta consagró principalmente

sus más cuidadosos desvelos, haciendo una labor que tanto por su forma como por los sentimientos que en ella alientan, dió mo- tivo a que el marqués de Molins, fuese reconocido por todos con el doble carácter de buen poeta, buen español y buen ca- ballero.

En dos partes puede dividirse la obra lite- raria del marqués: poesía esencialmente

los madrigales y una porción de poe- sias de varias clases, entre las que des- cuellan por lo curiosos, dos romances en unos asonantes muy difíciles, con los que practicó una costumbre muy seguida por los poetas de su época, consistente en vencer dificultades de versificación que a propósi- to se imponían, para darse el gusto de domi- narlas. En estos juegos poéticos hacían los buenos escritores gala de su ingenio y de su conocimiento y dominio del idioma; y así lograron hacer obras que aparte de otro valor que puedan po- seer, tienen el de ser verdaderas cu- riosidades que encierran utilísimas en- señanzas.

Sus mejores poesías son, sin duda, los romances. Hartzenbusch así lo creía y nosotros, al leer la obra total del marqués de Molins, compartimos su opinión. Sirva de ejemplo, para que nuestros lectores juzguen, el si- guiente, bellissimo, titulado: «La toma del hábito de Calatrava.» Dice así:

Verdad es que mis mayores vistieron la cruz de Alfama, cuando con sangre compraron los verjeles de la Daya.

Verdad es que desde entonces adornan sus rojas aspas, si no la casa en que vivo, el sepulcro que me aguarda.

Verdad es que son mis deudos los Borjas y los Zangladas, nobilísimos Maestres de aquella milicia sacra;

y que cuando el Rey don Pedro con la hueste castellana quiso asaltar de Montesa las mal guaridas murallas, un soldado de mi sangre le forzó a volver la cara; y por cierto que corrieron jinetes de Calatrava.

Todo es verdad, y con todo te pido, Señor, la gracia, que esta insignia allí vencida, me des por timbre y por gala.

No porque yo a tus Maestres envidie la extirpe y fama, ni el valor de sus conquistas, ni el tesoro de sus arcas.

No los tengo por más nobles; que no ceden en prosapia a Girones y Pachecos los Cardonas y Moncadas.

Ni les envidio el denuedo; que, por San Jorge, aventajan Valencia y Murcia rendidas a Córdoba y a Granada.

Y aunque sobre henchidas trojes encomiende Calatrava, en los campos de Montesa crece la poma dorada,

el puro azahar se respira y, conquistados del Asia, el fresco grano y la seda se alimentan en sus aguas.

No se temen ni se envidian estas Ordenes hermanas: entrambas son españolas, hijas del Cister son ambas.

Y si hoy te pido de hinojos la cruz de las cuatro espadas, cubre el corazón con ella, y escucha en breve la causa.

Allá en el mar de Lepanto, siguiendo al caudillo de Austria vencedor ya, fui vencido de una cautiva cristiana, tan discreta como bella y tan bella como ingrata;



El Marqués de Molins, que fué ilustre diplomático, ministro y escritor.

lirica y poesía dramática. Esta última la re- presentan dos dramas que fueron represen- tados en Madrid con gran aplauso: *La espa- da de un caballero*,—que primitivamente se llamó *El duque de Alba*,—y *Doña María de Molina*. Ambos, pero sobre todo el pri- mero,—escrito quince años antes de su es- treno y antes de la aparición de *El trovador* de García y Gutiérrez,—son considerados por un crítico de la autoridad de D. Juan Eugenio de Hartzenbusch, como primeros intentos afortunados de nuestro teatro ro- mántico, hallando en ellos, entre otras be- llezas, las proporcionadas al diálogo en verso introduciendo la variedad de metros que hasta entonces solo en muy escasas obras se había osado hacer. Obras de pla- nes y construcción muy firmes y de des- arrollo fácil y elegante, tuvieron la fuerza dramática suficiente para llegar al público, obteniendo calurosísimas acogidas.

Sin embargo, la labor esencialmente lírica es la que más atraía a D. Mariano Roca de Togores. Como muchos vates de su época, cultivó con gran éxito el romance, dándole la elegancia y la galanura que le son pro- pios. También hizo magníficas odas, precio-

que si recuerdan su nombre los pensiles de la Alhambra, al cabo es flor que entre el hielo de la indómita Cantábrica tuvo su origen, nacida en la oscura Gran Brentaña; y que primero de abrirse al vivo sol de mi patria, del frío turbido Sena probó las mudables aguas.

El traje heleno vestía, porque en ella se juntaran toda la pompa de Oriente, todo el donaire de España.

En el bonete rosado con los recamos de plata, como naciente capullo que cubre en abril la escarcha, larga borla descendía sobre la nieve del Atlas; y de su pudor emblema, al diestro lado asomaba una rosa, medrosilla de ver hermosura tanta; y dos trenzas se desploman sobre la nevada espalda negras, ¡ay! como mis celos, largas como mi esperanzas.

Las telas de cachemira su esbelta cintura abarcan, como el rosal de Borneo ciñe la soberbia palma; y el albor de su vestido, y el rosado de su falda, y el velo como la nube que descende a la montaña, en medio de aquel estruendo me recuerdan, ¡ay! mi patria, cuando Dios ríe a sus valles al despuntar la mañana.

¡La Fe, la Patria, el Amor!, triple incendio que levanta en mi corazón llagado el rayo de su mirada.

¡Sí; porque es modesta y pura cual nuestra fe sacrosanta; penetrante, viva, ardiente, como el sol de nuestra España: mirada que amor inspira, que la voluntad quebranta, que es, para decirlo todo, vivo reflejo de su alma.

Un año habrá que la sirvo con tan pertinaz constancia, que al cabo, al cabo confiesa que debe estarme obligada.

Un día, para probarlo, me mostró esa cruz de grana; menos roja que sus labios, y por su mano pintada.

Y aún recuerdo que me dijo: «buen caballero, tomadla «cual memoria de un afecto; «que amor no inquieta ni mancha.

«Esta insignia que prefiero «de las Ordenes hermanas, «es de vuestro afecto emblema: «por lo noble y por lo santa.»

Por ende, yo te demando, buen Comendador, la gracia que la pongas en mi pecho, puesto que sabes la causa.

Haz que me calcen la espuela y que me ciñan la espada, y que el hábito me vistan que habrá de ser mi mortaja.

Y así latirá contento mi corazón, pues alcanza el llevar hasta en la tumba la memoria de mi amada.

21 de febrero de 1849.

¿No es cierto que este romance es digno rival de los mejores del duque de Rivas? Pues aún otro,—el titulado *Recuerdos de Salamanca*,—le aventaja en belleza.

Examinada en conjunto la obra poética del marqués de Molins, estamos también conformes con el parecer del autor de *Los amantes de Teruel*.

«No ha escogido para asunto de sus composiciones,—escribió Hartzbusch en el prólogo a las obras del marqués,—grandes acontecimientos humanos, ni árduas cuestiones de vivo interés para la sociedad en

conjunto. Ha pintado, sí, o descrito, cuadros de varios géneros, pertenecientes también a distintas épocas, animados, brillantes, agradables todos o de provechosa enseñanza para cada español en particular, porque en todos se ve al buen español y al buen caballero, hablando, buscando, atrayendo a sí con la nobleza del pensamiento, con la oportunidad de la expresión, con el brioso o dulce son del ritmo y la rima al buen español sea o no caballero: caballeros son todos los españoles, y nuestra poesía, para ser verdaderamente nacional, ha de ser hidalga, necesita ser noble.»

Noble e hidalga, en efecto, es también la poesía de la señorita María Teresa Roca de Togores, llegada al campo de las letras, con inspiración extraordinaria y dominio de la forma tal que parece imposible sea de una joven que hace muy poco tiempo era niña. Feliz continuadora del buen nombre lite-

y también acaso con otra edad, María Teresa Alquibla hubiera tomado como válvula de su inspiración

«aquella trompa y sonoro brio del claro verso del eterno Homero.»

como dice Pablo de Céspedes. En su carácter de muchacha delicada y aristocrática en todos los sentidos del vocablo, ha preferido, sin renunciar a su temperamento épico, que enseña en sus versos *A Castilla*, deleitarnos el alma con lirismo de la mejor especie y halagarnos de vez en cuando el oído con la música cadenciosa de un minué.

«Abanico encantado, en tus tenues colores, vibra el arte supremo del pincel de Watteau; en ti mueren las frases de los viejos amores y las rimas ingenuas que tu gracia inspiró. Tú naciste en un siglo de placer y de orgía; y en la Corte famosa de un famoso Rey Luis, escuchaste las risas de la amada de un día como el triste suspiro de una Reina infeliz.»

Y el mismo crítico ilustre dice en otro lugar:

«Con dominio de su inspiración y de sus facultades poéticas, la autora va encauzando y modelando sus sentimientos e impresiones de belleza con maestría y espontaneidad que enamoran. Parece que geniecillos alados la conducen por el laberinto de una psicología compleja, de modo que da rienda suelta a imaginaciones y caprichos de una sensibilidad muy rica en toda clase de recursos, sin que lleguen nunca los sentimientos a dominar la persona, aunque a veces la oculten por unos momentos y exista el temor de que la anulan, fenómeno tan frecuente en los poetas y del que no se libra casi ninguna mujer.»

Una de las poesías sin duda más característica del volumen, es la siguiente, que su autora titula

AL ESCUDO DE ROCA DE TOGORES

Dice así, y sea ella preciado broche que ponga fin a estas líneas de homenaje, con el cual no hemos querido más que asociarnos a un concierto general de alabanzas:



La señorita María Teresa Roca de Togores y Pérez del Puigar, que es una admirable poetisa.

rario de los Roca de Togores, la autora del libro de versos recientemente publicado siente correr por sus venas el mismo patriótico fuego que su ilustre abuelo.

Nuestro colaborador Araujo Costa, hablando en otras columnas de la nueva poetisa se refiere precisamente a estas afinidades que nosotros apuntamos.

«Entre el marqués de Molins y su descendiente hay semejanzas poéticas que acusan la ley de herencia con toda claridad. El insignie diplomático, ministro y director de la Academia Española es, por condición, un poeta épico. Díganlo sus *Romances* y sus dramas históricos y de leyenda. Teresa Roca de Togores adorna su estro épico con lirismos. La épica se caracteriza, nadie lo ignora, por la objetividad. Que ésta se halle formada ya con relatos de combates grandiosos, ya evocando heroísmos propios de semidioses, ya con el anhelo racial y secular de uno y otro pueblo, o bien con delicadezas y refinamientos *di cámara*, ¿qué puede importar a fin de cuentas, si se ha conservado la objetividad?

En otras circunstancias, en otra época

Templo donde reposa la noble raza Hispana, que derramó en tus aras la sangre musulmana como ofrenda a la Patria que honraron sus ma-

soberbios opresores de tierras y albedríos, insignia de magnates, señor de señoríos, reliquia de las armas de Roca de Togores.

Tu *Azur* es el que baña las costas de Levante, el que viste de *Plata* las playas de Alicante donde tu *Media Luna* su claridad revela, tu *Oro...* el sol que abrasa con su encendida

el ámbar que escancian las frutas de Valencia, el azahar de los verdes naranjos de Orihuela, los átomos que brillan en las arenas gualdas, la tiara de topacios nimbada de esmeraldas que nos muestra a manera de airoso capacete la palmera que en Elche los cielos engalana, y los fértiles huertos de la región murciana y las mieses que doran las eras de Albacete.

No lograron los siglos manchar tus colores ni el brillo de tus armas; que nuevos resplando-

irradiaron los *Oros* sobre el *Azur* brillante, uniendo en su regazo, Molins y Pinohermoso, las dos frondosas ramas del tronco poderoso que dan sombra a los campos y playas de Le-

DEFENSIVA EN EL NORTE

III

MONTE-ESQUINZA.—GRATZ.—MADRID

DE regreso don Genaro Quesada en el Cuartel General, obró con rapidez para corregir las deficiencias encontradas en su revista de inspección. Hondamente preocupado el Comandante en Jefe por la falta de agua, sobre todo potable, en Monte-Esquinza, hubo de encomendar el estudio de tan grave problema a una comisión de Ingenieros de Minas, compuesta por los señores Irisari, Urrutia y Mallada, los cuales en sus experiencias demostraron la triste evidencia del exiguo caudal de aguas en estos lugares; los manantiales eran escasos, de poca corriente, por multitud de escapes y de lija sequia en el estío.

Al mismo tiempo que estas circunstancias se desarrollaban, como era preciso que las obras emprendidas de los reductos continuasen con la mayor actividad y en las mejores condiciones, Quesada ordenó que de los parques de Ingenieros de Burgos, Pamplona y Logroño, fuesen enviados a Monte-Esquinza, sin dilación, todos los útiles precisos de que se pudiese disponer, que en Zaragoza se construyera un blockhaus con destino al reducto de «Cáceres», y que de Madrid, Palencia y Tudela, se mandasen hierros y maderas.

Con objeto de que el agua potable desde Larraga se pudiera transportar con más facilidad a la línea en fortificación, se pidió gran cantidad de pipas o barriles, en tanto que en Monte-Esquinza los reductos eran provistos de aljibes, y se limpiaban los pozos que los carlistas habían, en su retirada, inutilizado en Oteiza. Desgraciadamente de 67 pozos, sólo 6 tuvieron caudal propio, siendo preciso llenar los demás con agua traída de Larraga, que en muchos depósitos, al ser conservada, se hubo de descomponer.

A estos obstáculos, hubo que añadir otro también muy grave, que era la dificultad para artillar los fuertes en construcción. No sólo la artillería de grueso calibre había que transportarla, en gran parte, desde Madrid, sino que ya en Navarra, para llevarla desde Tudela a las posiciones, se tropezaba con la falta de medios para ello, y en la línea de fuego, con la escasa consistencia del terreno para cañones de gran calibre.

Mucho sufrieron las fuerzas, especialmente del 2.º Cuerpo en Monte-Esquinza y más que todos su Comandante en Jefe Quesada que, a los padecimientos de sus soldados, escasos en número para la acción que se les encomendaba, tenía que añadir las impacencias de la Opinión Pública que, sin tener en cuenta el cúmulo de obstáculos y de deficiencias existentes, le pedía, no solo avances y victorias, sino también el final de la Guerra que, en sus postrimerías, la situación Serrano le había prometido.

A tanto llegaron los clamores, que el Gobierno hubo de dudar y se habló de haber ofrecido el Mando al Marqués de La Habana que, como condición precisa, puso el del aumento del Ejército en número considerable.

Por otra parte, el importe mensual del presupuesto de las

tropas en el Norte era de 13.200.000 reales, y solo 7.753.000 se habían recibido.

Nuevamente don Genaro Quesada inspeccionó la línea de sus Cuerpos de Ejército, y desde el 22 al 25 de Marzo, estuvo en Larraga, en Monte-Esquinza, en Lerin y en Miranda de Arga, decidiendo la conservación de Oteiza que, algunos en el Alto Mando, fueron partidarios de que se abandonase.

En Gratz (Estiria), Austria, tuvo lugar entonces una agresión que, por los personajes contra quienes fué dirigida y su causa, tenía relación directa con España.



Puente sobre el Ebro del ferrocarril de Pamplona a Zaragoza cortado en Castejón.

Así relata el hecho un corresponsal de la «Ilustración Española y Americana»: «Vivian retirados en Gratz, su antigua residencia, don Alfonso de Borbón y de Este, hermano del Pretendiente don Carlos y su esposa doña María de las Nieves, (llamada comunmente doña Blanca), después de haberse convencido, según confesión propia en documento público, de que eran inútiles todos los esfuerzos para organizar las partidas carlistas de las provincias del Centro, al frente de las cuales acometieron las empresas tristemente célebres, entre otras, de Cuenca y de Teruel, en Julio y Agosto del año próximo pasado».

«El 27 de Abril hubo ya un gran tumulto en la población contra los titulados Infantes, pero el ocurrido en la mañana del 28, tomó en breve tiempo un carácter más grave. Al descender del carruaje los dos esposos para entrar en una Iglesia, numerosa turba de estudiantes de la Universidad los persiguió aun dentro del templo, prodigándoles insultos y promoviendo un escándalo indescriptible. Y cuando salieron aquéllos de la Iglesia en busca de su carruaje, los alborotadores se interpusieron iracundos, arrojaron del

pescante al cochero, desengancharon el tronco y prolongaron su agresión por espacio de una hora, no obstante el síncope que atacó a doña María de las Nieves».

«Una sección de tropa y otra de policía, que llegaron, por fin, al lugar de la escena, consiguieron apaciguar el tumulto, no sin que resultasen heridos algunos de los promovedores y fueron otros presos y encerrados en la casa Ayuntamiento».

«En la noche del mismo 28 se verificó una tercera demostración hostil, delante de la casa de doña Nieves y de don Alfonso, que cesó más pronto que la anterior y dió por único resultado la prisión de varios estudiantes».

Este hecho debió de convenir al hermano de don Carlos y a su esposa de que, actos vandálicos como el de Cuenca, no se pueden cometer impunemente.

Avanza la Primavera y con ella para Madrid y para toda la Nación llega la fecha imborrable del 2 de Mayo, tan trascendental para España, lo mismo en la tierra que en el mar; en las guerras civiles, como en las guerras coloniales y de invasión.

Día fué este, para la Capital, en el 1875, de cielo nuboso, desde las primeras horas de la mañana y de gran calor; clásico en los fastos de la Villa y Corte del Oso y del Madroño, desde la efeméride inmortal en que, las Manolas y Chisperos de Carlos IV, dieron el primer grito de independencia, peleando en lucha heroica con los infantes, los jinetes y los artilleros de Austerlitz.

Los nietos de los que cruzaron sus navajas y cuchillos con el sable, espada o el alfanje de los dragones o mamelucos del primer Napoleón, ahora con las salvas de artillería y con las primeras luces del amanecer, abandonaban el sueño para respirar el aroma embalsamado de las lilas bajo las frondas esmeraldas del Retiro, oír Misa en el patriótico Obelisco, en el llamado Campo de la Lealtad y después visitar el Museo de Pinturas y ver allí el sugestivo lienzo de los «Fusilamientos», de don Francisco de Goya, el «Carlos V» del Tiziano, el cuadro de «Las Lanzas», de don Diego Velázquez y el místico del «Pajarito», de Murillo.

Marcial rumor llena Madrid desde bien temprano, y batallones, escuadrones y baterías, van cubriendo la extensa carrera que ha de seguir la cívico-militar procesión, desde los templos de la Encarnación y de San Isidro hasta el Prado, por las calles de San Quintín y de Pavia, Plaza de Oriente y calle de Bailén, calle y Plaza Mayor, calle de Toledo y Plaza de la Constitución, calles de Ciudad Rodrigo, Gerona, Atocha y Carretas, Puerta del Sol, calle de Alcalá y Plaza de la Cibeles.

En tanto que desde las diez de la mañana y por los héroes del Callao se celebran honras fúnebres en la Iglesia de la Encarnación, presididas por S. M. el Rey, para después trasladarse don Alfonso XII con Séquito, Gobierno y Ayuntamiento, al templo de San Isidro y allí oír la Misa de Requiem por los valientes del 2 de Mayo, oficiando en el Santo Sacrificio de Pontifical el Cardenal Arzobispo de Valladolid, la gente que llenaba la carrera por donde había de pasar la procesión, aflujó, ruy principalmente, hacia la Plaza de la Cibeles, Recoletos y Salón del Prado.

Difícil será el olvidar aquel animado cuadro de color. Entre el palacio de Alcañices, hoy



Agresión a D. Alfonso de Borbón y de Este y a su esposa, en Gratz el 23 de Abril de 1875.

Banco de España, y el Ministerio de la Guerra, una multitud enorme, confundida primero y a duras penas contenida después, por las filas de la tropa, esperaba impaciente y alborozada. Pregonaban los vendedores sus mercancías. «¡Agua, aguardiente y azucarillos!, ¡agua!» o libritos y estampas que describían o llevaban grabadas escenas heroicas o luctuosas del sangriento día cuyo aniversario se conmemoraba. En la esquina del Prado que dá frente a lo que hoy es chaflán del Banco, un gigantesco y secular árbol envuelto su tronco en negro terciopelo con galón dorado y de sus secas ramas suspendido negro dosel con dosado fleco, debajo de cuyo dosel había una mesa y sobre la mesa una bandeja en la que se recogían limosnas para sufragios, indicaba el lugar en que fueron fusilados no pocos patriotas. En el lado de enfrente, inmediato a los jardines del Buen Retiro, en nuestros días edificio de Correos, empezaban los toldos que, sujetos por largos mástiles, conocidos por «Los espárragos», llegaban hasta el Monumento del 2 de Mayo.

En la subida a la Puerta de Alcalá veíanse, entre centelleo de aceros, las masas azul rojizo de la artillería montada, y en el comienzo del Paseo de Recoletos aparecían las blancas pellicas de los Húsares de la Princesa.

EN EL PRIMER ANIVERSARIO DE LA MUERTE DE UNA ILUSTRE DAMA

El día 14 de este mes de Febrero hizo un año que pasó a mejor vida, en Antrodoco, provincia de Aquila, (Italia), la nobilísima y buenísima dama viuda del caballero Patricio Tedeschini, y madre del Nuncio Apostólico en España. Su madre, lo que él más amaba en el mundo, la madre que había adivinado, un día, su vocación sacerdotal, y presentido, acaso, sus gloriosos destinos; la que le había alentado y amado tiernamente, la que había puesto tantas dulzuras en su espíritu, allí donde pone tantas tristezas el trato con los hombres, cuando se es superior a casi todos ellos...; su madre, ¡había muerto! Y había muerto cuando él llegó, con alas en el corazón, lleno de inquietudes, de sobresaltos, de presentimientos dolorosos, a su pueblo natal, a su amado Antrodoco, al hogar paterno, sobre el cual acababa de pasar la *Intrusa*. ¡Y el hijo amantísimo no vio morir a su madre! Ni pudo, por tanto, recoger la postrera mirada de sus ojos, ni la palabra última de sus labios; esa palabra, esa mirada que tienen la grandeza inefable de lo eterno. Con aquella vida se «escapó mucho de la suya», pudo decir entonces, con un insigne orador del pasado siglo, el Señor Nuncio, quien aquí en la Corte tantas veces ha hablado, *ex abundantia cordis*, con sus amigos, de las grandes virtudes, y de los merecimientos clarísimos de su madre.

Y al reanudar él—vuelto de su querida Italia, y dejando bajo los dulces cielos de la patria el sepulcro de la que mucho amó,—la cadena interrumpida de la vida, para sembrar en el día y la hora de trabajo que le ha tocado en suerte, semilla de bien, traía en su alma, para siempre, Monseñor Federico Tedeschini, la gigantesca y persistente sombra de la muerte. Varias veces después el digno representante entre nosotros de S. S. el Papa Pío XI, volvió a Italia, y a su Antrodoco, sintiendo allí el amargo dolor de una ausencia tristísima, y no pudiendo ver con ojos enjutos aquellos sitios, donde fué tan feliz. Varias veces rezó sobre la tumba, apenas cerrada, de su madre; y renovó allí la corona de dulces *siempre vivas*, puestas sobre la losa sepulcral.

¡Duerma en la paz de Dios, entre los muertos, bajo el hermoso cielo de Italia, la noble dama, cuyo nombre pronuncian cuantos la conocieron y hablan de ella, con ternura, con respeto, con veneración! ¡Qué bella y edificante vida de mujer cristiana, de señora de su hogar, de madre de los pobres, la vida de la madre del señor Nuncio!... Los que tuvieron la dicha de acercarse a ella, cuentan, y no acaban, con temblor de unción y de cariño, de su cordial y sencillo trato, de su fidelidad y lealtad en la adscripción continua del deber, por duro, por difícil que éste fuese; de su olvido generoso de todas las ofensas, de su alto espíritu de sacrificio, realmente de la *mujer fuerte* de la *Escritura*; de su piedad, hondísima y ejemplarísima, de santa. Era ella—¿no es cierto?—de la raza de esas excelsas y benditas criaturas que pasan por la tierra cual un suave resplandor de caridad; que lo aroman y embalsaman todo in *odorem sua-*

A la una y media y a los gritos de ¡ya viene! ¡ya viene! y los puntos de corneta que indican ¡firmas!, comienza a presentarse la cívico-militar procesión, que avanza precedida por un escuadrón de la Guardia Civil.

Formados en largas hileras a un lado y a otro de la ancha calle de Alcalá, empiezan a verse los niños del Hospicio y los de diferentes escuelas, Alcaldes de barrio y descendientes de las víctimas. Oyense los acordes de la música del Hospicio, que toca una marcha fúnebre y ocupa el centro de la vía pública. Más allá comienzan a distinguirse las dalmáticas escarlatas de los maderos del Ayuntamiento, los sombreros de copa de los diputados y funcionarios públicos, los uniformes militares del Gobierno y palatinos...

Los soldados presentan las armas, las músicas de los regimientos dejan oír los marciales ecos de la Marcha Real, en los balcones se agitan miles de pañuelos y por todas partes se oyen vivas y aplausos. Es el Rey que llega, don Alfonso, de gran uniforme, seguido de brillante séquito y del Gobierno en pleno.

Entre los grandes, los Ministros y los Jefes y Oficiales del Ejército y de la Armada, se destacan las figuras de Cánovas del Castillo y de Romero Robledo, del Capitán General de Castilla

la Nueva, don Fernando Primo de Rivera, de Alcalde de Madrid, Conde de Toreno, de Ayala y del Marqués de La Habana...

Formada en columnas, sigue una compañía de artillería de a pie con bandera y música y las armas terciadas. Inmediatamente detrás todas las tropas que han rendido honores en la carrera.

En el Prado se une a la procesión el cabildo de la Villa y Corte,

Al llegar al Campo de la Lealtad, se reza el responso, se hacen las descargas por la columna de honor formada por la compañía de artillería y las tropas desfilan.

El Soberano en pie sobre las gradas del patriótico Obelisco, rodeado de altos dignatarios, próceres del Clero, de la Milicia y de la Política, del Ayuntamiento y de la Diputación, presencia el desfile de sus soldados, incesantemente aclamados, Monarca y Ejército, por un gentío inmenso que, desde sillas y sillones, árboles y vallas o en pie, veía el marcial espectáculo.

Por la tarde los madrileños van a los toros con el mismo entusiasmo con que por la mañana hubieron de acudir al Retiro, al Monumento, al Museo de Pinturas y después a la formación.

LORENZO RODRÍGUEZ DE CODES.

vitatis et veritatis, y que todo lo iluminan, y elevan y glorifican con su sola presencia; pías Verónicas, a cuyo lado los más grandes desamparos se truecan en cielos...

A recordar ahora a la madre de Monseñor Tedeschini, yo recuerdo unas palabras de Aparisi y Guijarro, hablando de una señora, *muy señora*, pues era Princesa de la sangre, princesa italiana. «En el hogar tiene todo su mundo; decía el elocuente orador tradicionalista. ¡Cuán buena para con los pobres! ¡Qué hermana de la Caridad, para los enfermos! Cuando habla, se le ve el corazón, y no quisieramos que acabase nunca de hablar... Su entendimiento y su corazón están al nivel de toda grandeza, por encumbrada que ella sea. Se respira el ambiente de las *virtudes antiguas* a su lado. ¡Dichoso el hombre que la llame su esposa! ¡Dichosos los hijos que la llamen su madre!...»

Todas las virtudes que esplendieron magníficamente en la egregia dama, madre del señor Nuncio; sobre todo su cristiana piedad, traducida en obras, de señora italiana a la *antigua*, su tiernísima devoción a la *Madonna, Inmaculata o Adolorata*, y a Cristo *nella Croce*, y al *Fratello d'Assisi*, y a la *Chiesa Cattolica*; los elevados y efusivos sentimientos que la vivificaron y aureolaron, por excelso modo, ¡cómo supo transmitirlos, con su ciencia infalible de madre, y cual una herencia inapreciable, a su buen hijo, quien por ella lleva luto, y lo llevará perennemente!... ¡Cómo recordará siempre a su madre, asistiendo a la primera misa por él celebrada en Antrodoco, cuando—dirá Gabriel y Galán,—

*el alma anegada
en un mar de ternura dolorosa,
e implorando la ayuda poderosa
de la bondad de Dios, nunca agotada,
pudo elevar, con mano temblorosa,
la Hostia consagrada!...*
... Y el solemne momento ya pasado,
al levantar los ojos,
y al ver al sacerdote reposado,
y en tranquila actitud, como si orara,
ni también otra cosa,
al caer una lágrima amorosa
sobre el paño blanquísimo del ara...

Esa *lágrima amorosa*, de que habla el poeta, no fué, no, en la primera misa del joven levita Tedeschini, una *lágrima solitaria*. Porque ella, la buena madre, lloró en el momento ese, grande, mansas, silenciosas y jubilosas lágrimas, confundiéndolas con las de su hijo, al llegar el tremendo y culminante instante de la adoración, y al apretarle luego, concluido el incruento sacrificio, trémula y sollozante, contra su pecho; el mejor, y más inviolable y sacro nido y relicario que pudiera ofrendarle, y que pudo depararle Dios.

¡Y como recordará también a su madre, muy cerca de él, en la Capilla Sixtina Vaticana, en una diáfana y perfumada mañana primaveral, la del 5 de mayo del año 1921, cuando fué consagrado obispo por las augustas manos del Papa Benedicto XV, *el Papa de la paz!* ¡Cómo, la despedida—recordáis la de Agustín y Mónica, en la melancólica playa de Ostia?—de su

madre, al venir él de Nuncio a España!... ¡Y^a todo pasó!... Y todo eso no es más que un^a añoranza, que un recuerdo. Y el señor Nuncio puede repetir con Leopardi:

*qui non è cosa
oh! lo veggia o senta, onde un'immagin dentro
non torni, è un dolce rimembrar non sorga.*

O con lord Byron, ante el sepulcro de Petrarca, en Arqua;

*«Che fai, che pensi? Che pur dietro guardi
nel tempo, che tornar non pote omai,
anima sconsolata?»*

Pero el Amor es más fuerte que la muerte, y el Amor vela; ha dicho el Sabio, en el *Cantar* bíblico. «Y el amor no tiene más que una sola palabra;—como Lacordaine dijo, en la *Vie de Saint Dominique*,—esa palabra que, pronunciándola siempre, jamás se repite». Es la palabra que dice el señor Nuncio todos los días, desde el orto al ocaso, recordando a su madre, mejor, sintiéndola tan cerca de sí como a sí propio, en lo más puro de su corazón... ¡el corazón!... «lo que convierte la tierra en cielo,—dice Van Trich, en la conferencia *El Valor*,—y en medio de suaves palpitaciones, en horas benditas e inolvidables, nos adelanta la felicidad paradisiaca; o lo que nos muestra, a veces, la vida con sombras y perspectivas más oscuras y pavorosas que la propia muerte, y nos hace amarla y deseirla, y llamarla a gritos, como único consuelo, y salvación única.»

Al conmemorarse ahora el primer luctuoso aniversario del tránsito de la madre de Monseñor Federico Tedeschini,—tránsito que pondría seguramente en los labios de éste las palabras que dijo San Bernardo, predicando en el Oficio fúnebre de su hermano Gerardo, *hubiera querido mejor morir antes que perderle*,—nos asociamos en espíritu, sinceramente, lealmente, al señor Nuncio, identificándonos de todo en todo con su magno duelo. Y rogamos a todos nuestros lectores y amigos, entre quienes Monseñor Tedeschini goza de tan grandes y universales simpatías, a causa de las singulares y relevantes prendas, de todo linaje, con que el buen Dios se ha complacido en magnificarle, y del amor que siente por nuestra patria, una oración por el descanso eterno de esa ilustre dama italiana...

¡Los muertos!... ¡Los queridos e inolvidables muertos!... Amémosles perdurablemente; y oremos por ellos; y por ellos lloremos, también. «No me siento tan fuerte que condene las tristezas del corazón;» ha dicho San Agustín.

Después de Dios, y de los que aún nos viven, ¡todo para ellos! «Su voluntad nos manda, y tienen derecho a vivir presentes en nuestras almas, en todos los instantes de nuestra vida»... ha dicho, en su bellissimo libro «El Triunfo de la vida», mi amado, mi llorado amigo José Rivas Groot...

ADOLFO DE SANDOVAL

Febrero, 1924.

Mundo Mundillo...

EN breve llegará a Madrid el nuevo Embajador de la Gran Bretaña en Madrid, Sir Horace George Montagu Rumbold, que es un antiguo conocido de los españoles, pues estuvo en nuestra capital en 1906, siendo secretario de la Embajada británica, y conquistó muchas simpatías en nuestra sociedad. Muy aficionado a los deportes, era jugador de polo y de *tennis*.

Sir Horace Rumbold ha estado en Berna, El Cairo, Tokio, Viena y Berlín, donde le sorprendió el principio de la guerra. Luego fué destinado al Foreign Office y, otra vez a Berna, donde prestó útiles servicios durante la guerra.

En 1920 se le envió a Constantinopla, con el cargo de alto comisario general, y él firmó el Tratado de Lausana.

Sir Horace pertenece a una distinguida familia inglesa, y está casado con una bella dama, hermana del diplomático Mr. Wigfield, que estuvo en Madrid, y de la que han nacido dos hijos.

SE encuentra en Madrid y ha presentado a S. M. el Rey sus cartas credenciales, el nuevo Embajador de Francia, vizconde de Fontenay.

En anterior ocasión hicimos el merecido elogio de este ilustre diplomático, de cuya gestión cabe esperar muchos beneficios para las relaciones franco-españolas.

La vizcondesa de Fontenay es una distinguida dama, que muy pronto gozará de las simpatías de la sociedad madrileña.

ESTÁ siendo muy felicitado el conde de la Viñaza por su nombramiento de Embajador de España en el Quirinal.

VARIAS reuniones aristocráticas ha habido en Madrid en los últimos días. En el palacio de los duques de Parcent se celebró una elegante comida, a la que concurrieron, además de los duques, de los Príncipes Max Egon de Hohenzollern, de la Princesa madre y del Príncipe Constantino, el Embajador de Bélgica, la baronesa Borchgrave y su hija; el ministro de Suiza y la señora de Mengotti; los marqueses de Santa Cruz; los marqueses de Torneros y el subsecretario de Estado señor Espinosa de los Monteros.

En el palacio de los duques de Montellano se celebró un almuerzo íntimo, que fué honrado con la presencia de S. M. la Reina Doña Victoria y su hermano el Marqués de Carisbrooke.

Con las augustas personas y los dueños de la artística residencia se sentaron a la mesa, además de la señorita Paloma Falcó y su hermano el marqués de Pons, la duquesa de San Carlos, nuestro embajador en la Argentina, marqués de Amposta; la marquesa y el marqués de Sumeruelos, la marquesa de Salamanca y don Enrique Careaga.

También honró la Reina Doña Victoria la residencia de los marqueses de Bermejillo del Rey en la que, hubo una grata reunión.

En casa de los vizcondes de Cuba se celebró un té en honor del Patriarca de las Indias, don Julián de Diego Alcolea, asistiendo la duquesa viuda de Valencia, duquesa de Bivona, marquesas de Bendaña, Cavalcanti y Castillo de Jara, condesas de Mayorga, Arenales y Scláfaní, baronesa de las Torres y señoras y señoritas de Borbón, Oruña, Torenó, Rábago y Cardona.

También ha habido gratas reuniones en la legación de Noruega y en la residencia del encargado de Negocios de Polonia, Sr. Selenoski. Y en la Embajada de Bélgica, una brillante fiesta a la que asistieron los Reyes y de la que daremos más amplia cuenta.

LA señora de Fuster (don Ignacio) hija de los marqueses de la Fuensanta de Palma, ha dado a luz, con toda felicidad, dos niños.

En Sevilla se ha celebrado el bautizo del hijo recién nacido de los marqueses de Benamejí, apadrinándole los marqueses de la Granja.

Los sortijeros de alabastro, creación de *La Duquesita*, son ya insubstituíbles para regalos de bodas, cruzamientos y bautizos, si se quiere verdaderamente quedar bien con las amistades.

HAN sido rehabilitados, sin perjuicio de tercero de mejor derecho, los títulos de: marqués de Torrehojos, a favor de D. Celedonio Noriega y Ruiz; marqués de la Villa de Orellana, a favor de D. Jaime Díez de Rivera y Figueroa, y marqués de Mirario, a favor de D. José Nicolás de Melgar y Alvarez Abreu, marqués de San Andrés.

Por Reales Decretos se ha hecho merced de títulos del Reino: con la denominación de conde de Santa Marta de Babio a D. Alfredo Moreno Osorio, y con la denominación de conde de Padul, a D. Isidoro Pérez de Herrasti.

SU Santidad el Papa, se ha dignado conceder la honrosa condecoración de la cruz de oro *Pro Ecclesia et Pontifice*, a la condesa de Cerragería, dama muy estimada por su piedad y virtudes.

La sociedad madrileña ha acogido con gran satisfacción esta distinción, que es una recompensa muy merecida por quien, como su esposo, consagra toda su actividad a obras caritativas y de piedad. Además, se trata de una señora de claro talento y sólida cultura, que ha demostrado sus dotes en notables trabajos.

Con este motivo está recibiendo la condesa de Cerragería muchas felicitaciones.

OTRA recompensa merecida ha sido la otorgada a la eminente escritora, doña Blanca de los Ríos de Lampérez.

En cuantos géneros literarios ha cultivado, su labor se destaca con poderoso relieve. Solamente su estudio sobre *Tirso de Molina* y su obra al frente de *Raza española*, la habían acreedor a la Gran Cruz de Alfonso XII, que le ha sido concedida.

Damos nuestra más efusiva enhorabuena a la insigne escritora.

CON gran satisfacción ha acogido la Sociedad de Madrid la concesión de la gran cruz de la Orden civil de Beneficencia a doña Silvia Alvarez de Toledo y Gutiérrez de la Concha, duquesa de Fernán-Núñez; ilustre dama, en extremo piadosa y caritativa, cuyo nombre va unido a numerosas obras de beneficencia y cultura. En la de la Cruz Roja, en la de los Sanatorios y dispensarios antituberculosos, en la del Roperio de Santa Victoria, en la de protección a las jóvenes, que la hizo ir a Bélgica, y en otras, ella es una de las damas que con mayor entusiasmo y generosidad secundan la iniciativa de la Reina Doña Victoria. Es también el alma generosa que sostiene la benéfica institución del Patrocinio de Nuestra Señora.

Unimos nuestra felicitación a las muchas que ha recibido la noble dama.

LE ha sido concedida al vizconde de Cuba la Gran Cruz de la Orden del Cristo de Portugal. Con este motivo está recibiendo muchas felicitaciones.

EL Consejo Supremo de Guerra y Marina ha aprobado la propuesta de ascenso a capitán, del teniente de Caballería don Ramón Carvajal y Colón, primogénito de los duques de la Vega.

El teniente Carvajal, actualmente destinado en la Escolta Real, estuvo en Regulares de Melilla, Cuerpo con el que se batió heroicamente, mereciendo grandes elogios.

Con este ascenso resulta ser el aristocrático oficial, el capitán más joven de su Arma.

Toda la sociedad madrileña, en la que tantos afectos goza, se ha apresurado a testimoniárselos con su enhorabuena.

El día 1.º de marzo

empezará la liquidación de lanas, sedas, vestidos y abrigos a mitad de su precio.

LA MUÑECA PARISIEN

Fernando VI, núm. 12

Notas de pesame

POR falta de espacio no pudimos, en nuestro último número, consagrar el merecido recuerdo a varias ilustres personas que fallecieron en los últimos días del mes pasado: S. A. R. el duque de Montpensier, Príncipe Fernando de Orleans, muerto en plena juventud, cuando no hacía aún tres años de su matrimonio con una dama española tan admirada como la vizcondesa de los Antrines, hija de los marqueses de Valdeterrazo; el ilustre duque de Sessa, jefe de la Casa de Altamira, y representante de una de las más nobles familias de España; el ex-ministro conde de Santa María de Paredes, insigne catedrático de Derecho Político y Administrativo, y profesor que fué de S. M. el Rey; el Grande de España D. Francisco Agustín Silvela y Casado, marqués de Santa María de Silvela, Senador del Reino y una de las personas más prestigiosas y respetables de nuestra sociedad; su prima hermana, la señorita doña Luisa Silvela y de Corral, fallecida pocos días antes y queridísima por cuantos la trataron; el joven y notable arquitecto D. Eduardo Sanchez Eznarriaga; el senador Sr. Sanchez Arjona; la condesa de Figols, perteneciente a la nobleza catalana, y algunas otras distinguidas personas sucumbieron en el corto espacio de 15 días, siendo sus fallecimientos sentidísimos.

Inútil nos parece decir la parte que tomamos en la pena de las ilustres familias que atraviesan hoy por trance tan cruel como el de la pérdida de un ser querido.

TAMBIÉN en Madrid ha fallecido el distinguido señor D. Francisco de Asís Fernandez de Mesa y Porras, gentilhombre de Cámara de S. M., con ejercicio, y persona estimadísima por sus dotes de inteligencia y bondad.

Había sido alcalde de Córdoba, y estaba condecorado con la Gran Cruz y el Collar de la Orden de Siam.

Y a los pocos días falleció asimismo su viuda Doña María de Hocés.

Nos asociamos de todo corazón al terrible desconsuelo de los hijos.

LA grave dolencia que desde hace tiempo padecía la respetable señora doña Rosa de Aristeigui y Doz, viuda de D. Carlos Gordon de Warehouse y Prendergast, condesa de Mirasol, dama muy bondadosa, y estimada por sus virtudes, tuvo el doloroso término que se temía, siendo su muerte profundamente sentida por la sociedad madrileña.

La finada fué dama particular de S. M. la Reina Doña María Cristina, cargo en el que, por espacio de 34 años, demostró su gran discreción. La augusta señora ha sentido mucho la muerte de su dama, a quien profesaba gran afecto. Poseía la condesa de Mirasol la banda de dama noble de la Orden de la Reina María Luisa y otras condecoraciones.

Hijos de la finada son: don Rafael y don Pedro Gordon de Warehouse, casados, respectivamente, con doña María Casanova y doña Carmen de Garamendi.

Descanse en paz la bondadosa dama, y reciban sus hijos y demás familia, nuestro pésame más cariñoso.

TAMBIÉN ha sido muy sentida en Madrid la muerte de la bella señora doña Felisa Ortega y Pérez, esposa del ex-ministro don Antonio Goicoechea.

Hija del catedrático don Juan Ortega y Rubio, era una dama muy religiosa y piadosa, que gozaba de generales afectos y simpatías.

El entierro, que presidieron el Arzobispo de Valencia, el Obispo de Madrid Alcalá, D. Antonio Maura y los hermanos de la finada, fué una elocuente manifestación de las grandes simpatías con que contaba el distinguido matrimonio.

Reciban el Sr. Goicoechea y el resto de la distinguida familia, la expresión de nuestro más sentido pésame.

EL SOMBRERO MÁGICO

ERAN las doce, cuando Luisín y Antoñito salieron de la escuela.

Aquel día de Diciembre lucía un sol espléndido, que acariciaba.

—¿Qué te parece irnos a dar una vuelta por el bosque?—propuso Luisín.

—No nos regañarán en casa?—dudó Antoñito.

Peró la verdad es que hacía un sol tan delicioso...

Todo quedó resuelto: emplearían una hora en disfrutar entre los árboles desnudos y, luego, de una carrerita, regresarían a sus casas, pretextando cualquier accidente.

Ya estaban en la entrada del pinar, cuando les salió al paso un extraño hombrecillo que llevaba un sombrero flexible de amplias alas encajado hasta la boca.

—Buenos días, muchachos—saludó sin descubrirse—¿Podrías decirme el camino de la Ciudad? Soy forastero y temo perderme.

—¡Con mucho gusto!—respondieron los niños—Nosotros mismos vamos a acompañarle.

Conque echaron a andar, a andar, y a poco enfilaron la primera calle.

—Ya está usted en la Ciudad, buen hombre—exclamó Luisín—¿Necesita usted algo más de nosotros?

—Sí, hijos míos—siguió el hombrecillo—Puesto que sois tan bondadosos, completad vuestra obra y acompañadme a una confitería. Tengo ganas de zamparme unos cuantos dulces. ¡Hace tanto tiempo que no los como!... Con eso podré darme el doble placer de saborear esas golosinas y de invitaros de buena gana.

Antoñito y Luisín—la verdad—eran golosoncetes y dijeron tan débilmente «gracias», que el forastero comprendió y, tomándoles de la mano, se dejó guiar hasta la más apetitosa confitería.

Una vez dentro de ella, los niños y el hombrecillo se pusieron hasta no poder más de merengues, yemas, bombones y guirlaches.

—¿Estáis satisfechos?—exclamaba el misterioso personaje—¡No seáis tontos y comed, comed hasta acabar con la tienda!

Peró los chicos ya estaban hartos.

—¡Muchas gracias; es que no nos cabe más!—confesaron.

Entonces el hombrecillo se los llevó a un rincón de la confitería y, sonriendo de un modo extraño, les dijo:

—¿Tenéis dinero para pagar el gasto?

Antoñito y Luisín—claro está—no tenían ni un céntimo y así lo manifestaron.

—El caso es—continuó el forastero—que yo tampoco poseo ni un mal maravedí.

Los niños, al oírlo, se echaron a temblar, pues se habían comido más de un duro de golosinas y en cuanto al hombrecillo, que tragaba como una máquina, debía lo menos cien pesetas.

¿Qué hacer en tal situación? El dueño de la

tienda esperaba con los bigotes encrespados. De repente, viéndolo que no resolvían nada, rugió:

—Para comer bien listos habéis sido; ¿por qué sois tan torpes para pagar?

Luisín miraba a Antoñito; Antoñito miraba a Luisín; los dos miraban al forastero y a los tres los miraba con ojos terribles el amo.

Hubo un silencio espantoso. Luego el hombrecillo, marcando mucho las palabras, habló así:

—Muy bien; hemos tragado hasta engordar a ojos vistas; ahora no hay un céntimo para abonar el gasto ¿Qué piensa usted hacer, señor tendero?

El tendero se atusó los feroces mostachos

TODAS LAS GRANDES ARTISTAS

PARA EMBELLECERSE Y QUE SUS
ATRACTIVOS RESALTEN CON LA
LUZ ARTIFICIAL, USAN EN SU
«TOILETTE» LOS ULTRA-IMPALPABLES
POLVOS DE ARROZ

F R E Y A

TONO «MALVA»

SE FABRICAN EN SIETE VARIEDADES:
BLANCOS, ROSA 1 Y 2, RACHEL 1
Y 2, MORUNOS Y MALVA

PRECIO: 3,50 PESETAS

FLORALIA MADRID

y, marcando también las frases, sentenció:

—Contra usted, a quien no conozco, no pienso hacer nada. Es usted forastero y no tiene culpa; pero en cuanto a estos chicos, yo les prometo que pasarán la noche cazando ratas en la cárcel.

Antoñito y Luisín rompieron a llorar; pero hubieron de callar enseguida al escuchar la voz del hombrecillo, que gritaba:

—¡Aquí no hay más responsable que yo! Estos muchachos son mis amigos y no solamente se irán a su casa sanos y salvos, sino que además se llevarán para sus padres y hermanitos sendas tartas, las mejores y más costosas de esta confitería. ¿Lo oye usted?

El amo, sin asustarse, preguntó:

—Entonces quiere decir que tendrá para pagar el gasto quien así vocifera.

—El que vocifera así, nada en metálico tiene ni le importa el dinero; pero tiene lo que puede usted ver—exclamó el forastero, haciendo un signo con la mano y quitándose el sombrero ágilmente.

Como por obra de magia, el dueño de la tienda, se inclinó con humildad y repuso:

—¡Perdóneme, señor! Yo no sabía... Todo está

pagado, efectivamente, y podeis disponer de cuanto se os antoje. ¡Ahí van esas tartas para los niños y que los aproveche!

Los niños—con la boca abierta—tomaron el regalo y, otra vez de la mano del hombrecillo salieron a la calle.

—¿Qué más queréis comprar?—preguntó el misterioso personaje, sin dejar de sonreír

Los chicos volvieron a mirarse.

—¿No habrá sido una burla que nos ha dado?—se atrevió a decir Luisín.

—¿Una burla mi sombrero? ¿Estáis locos? El posee la virtud, cuando me descubro, de abrir todas las puertas y ponerlo todo a mi disposición. Y ya que tú lo dudas, tómallo y entra en esa tienda de juguetes.

Un poco desconfiado, Luisín tomó el sombrero del hombrecillo, se lo encasquetó hasta el cogote, para asustarse menos, y penetró con Antoñito en el Bazar.

—Elige lo que te guste—propuso a su amiguito.

Conque, ni corto ni perezoso, eligió un soberbio coche tirado por un borreguito, un teatro con todo, hasta con orquesta, varias cajas de soldados, una escopeta con dos cañones y un muñeco al que se daba cuerda y cantaba y saltaba como una persona.

Después advirtió a Luisín:

—¡Paga!

Temblándole la mano, el chico imitó el signo del hombrecillo, se quitó el sombrero y...

—¡A las órdenes del señor!—exclamó el amo—Pueden llevarse todo mi Bazar y quedaré agradecido.

¡Aquello era maravilloso!

Danzando de alegría, tornaron a salir a la calle; miraron en todas direcciones; pero el forastero no estaba allí; le buscaron por la población; había desaparecido.

Esto les contrarió un poco; mas luego reflexionaron:

—Tenemos una fortuna.

Y como pasaran por delante de una elegantísima perfumería, adquirieron para sus hermanas Jabón, Colonia, Crema y Extracto «Flores del Campo», un frasco de «Sudoral» que quita el olor del sudor, polvos «Freya» y cuantos refinamientos de coquetería tiene «Floralia», solo con tocar el ala del sombrero y descubrirse.

Peró como la dicha dura muy poco y hay que aprovecharla, cuando ya estaban cerca de la casa paterna—¡zás!—vino una ráfaga de aire, se llevó el talismán por encima de los tejados y, hasta hoy.

No ha vuelto a encontrarse en ninguna sombrerería del mundo.

Inútil es decir el desconsuelo de los hermanitos por tal pérdida. Menos mal que habían aprovechado bien el corto espacio en que fueron amos del sombrero. PRÍNCIPE SIDARTA.

SEÑAS QUE DEBEN TENERSE SIEMPRE PRESENTES

ALTISENT Y C.^{IA}

CAMISERIA Y ROPA BLANCA FINA
ULTIMAS NOVEDADES
Peligros, 20 (esquina a Caballero de
Gracia). — MADRID

CASA SERRA (J. González)



ABANICOS, PARAGUAS, SOM-
BRILLAS Y BASTONES

Arenal, 22 duplicado

Compra y venta de Abanicos
antiguos.

BICICLETAS, MOTOCICLETAS, ACCESORIOS.
REPRESENTANTES GENERALES
DE LA

FRANÇAISE DIAMANT Y ALCION
BICICLETAS PARA NIÑO, SEÑORA
Y CABALLERO.

Viuda e Hijos de C. Agustín
Núñez de Arce, 4.—MADRID.—Tel. 47-76

LA CONCEPCIÓN SANTA RITA

Arenal, 18. Barquillo, 20.
Teléfono, 53-44 M. Teléfono, 53-25 M.

LABORES DE SEÑORA
SEDAS PARA JERSEYS Y MERCERIA

Gran Peletería Francesa VILA Y COMPAÑIA S. en C.

PROVEEDORES DE LA REAL CASA
FOURRURES CONSERVACION
MANTEAUX DE PIELES
Carmen, núm. 4.—MADRID.—Tel. M. 33-93.



EL LENTE DE ORO

Arenal, 14.—Madrid

GEMELOS CAMPO Y TEATRO
IMPERTINENTES LUIS XVI

CEJALVO CONDECORACIONES

Proveedor de la Real Casa y de los Ministerios
Cruz, 5 y 7.—MADRID

ETABLISSEMENTS MESTRE ET BLATGÉ

Articles pour Automobiles et tous les Sports.

Spécialités: TENNIS — ALPINISME
GOLF — CAMPING — PATINAGE

Cid, núm. 2.—MADRID.—Telf.º S. 10-22.

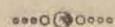
LE MONDE ELEGANT ET ARISTO-
CRATIQUE FREQUENTE LE HALL DU
PALACE - HOTEL DE 5 A 7 1/2

CASA APOLINAR

-- GRAN EXPOSICION DE MUEBLES --

Visítad esta casa antes de comprar.

INFANTAS, 1, duplicado.



TELEFONO 29-5

HIJOS DE M. DE IGARTUA

FABRICACION de BRONCES
ARTISTICOS para IGLESIAS

MADRID.—Atocha, 65.—Teléfono M. 38-75
Fábrica: Luis Mitjans, 4.—Teléfono M. 10-34.

RAFAEL GARCIA

GRAN FABRICA DE CAMAS DORADAS
—MADRID—

Calle de la Cabeza, 34. Teléfono M. 9-51

MADAME RAGUETTE

ROBES ET MANTEAUX

Plaza de Santa Bárbara, 8. MADRID

Casa Jiménez - CABATRAVA, 9

Primera en España en
MANTONES DE MANILA
VELOS y MANTILLAS ESPAÑOLAS
SIEMPRE NOVEDADES

Viuda de JOSÉ REQUENA

EL SIGLO XX

Fuencarral, núm. 6.—Madrid.

APARATOS PARA LUZ ELECTRICA—VAJILLAS DE TODAS
LAS MARCAS—CRISTALERIA—LAVABOS Y OBJETOS
— PARA REGALOS

NICOLAS MARTIN

Proveedor de S. M. el Rey y AA. RR., de las
Reales Maestranzas de Caballería de Zaragoza
y Sevilla, y del Cuerpo Colegiado de la Nobleza,
de Madrid.

Arenal, 14. Efectos para uniformes, sables
y espadas y condecoraciones

LONDON HOUSE

IMPERMEABLES—GABANES—PARAGUAS
BASTONES—CAMISAS—GUANTES—CORBATAS
CHALECOS

— TODO INGLÉS —

Preciados, 11.—MADRID

HIJOS DE LABOURDETTE

CARROCERIAS DE GRAN LUJO — AUTOMOVIL-
LES DANIELS — AUTOMOVILES Y CAMIONES
ISOTTA FRASCHINI

Miguel Angel, 31.—MADRID.—Teléfono J. — 723.

Acreditada CASA GARIN

GRAN FABRICA DE ORNAMENTOS PARA
IGLESIA, FUNDADA EN 1820

Mayor, 33.—MADRID—Tel.º 34-17

Galiano

SASTRE DE SEÑORAS

Argensola, 15. MADRID

EUGENIO MENDIOLA

(Sucesor de Estolaza)

FLORES ARTIFICIALES

Carrera de San Jerónimo, 38.

Teléfono 34-09.—MADRID.

JOSEFA

CASA ESPECIAL PARA TRAJES DE NIÑOS
Y LAVETTES

Cruz, 41.—MADRID

ANTIGUA Y UNICA

CASA "LAMARCA"

Carrocerías y carruajes de lujo.

Proveedor de SS. MM.

GENERAL MARTINEZ CAMPOS, NUM. 39

Fábrica de Plumas de LEONCIA RUIZ

PLUMEROS PARA MILITARES Y CORPORACIONES

LIMPIEZA Y TEÑIDO DE PLUMAS Y BOAS

ESPECIALIDAD EN EL TEÑIDO EN NEGRO

ABANICOS—BOLSILLOS—SOMBRILLAS—ESPRITS
Preciados, 13.—MADRID—Teléfono 25-31 M.

LA MUNDIAL

SOCIEDAD ANÓNIMA DE SEGUROS

— DOMICILIO: —

MADRID || Alcalá, 53

Capital social... { 1.000.000 de pesetas suscripto.
505.000 pesetas desembolsado.

Autorizada por Reales órdenes 8 de
julio de 1909 y 22 de mayo de 1918.

Efectuados los depósitos necesarios.
Seguros mutuos de vida. Superviven-
cia. Previsión y ahorro. Seguros de
accidentes ferroviarios.

Autorizado por la Comisaría general de Seguros

LOS DISCURSOS DE LOS GRANDES DE ESPAÑA RECIENTEMENTE CUBIERTOS ANTE S. M. EL REY

Continuamos la publicación de los discursos de los Grandes de España cubiertos recientemente ante S. M. el Rey. Son los siguientes:

El del marqués de la Habana.

«SEÑOR:

Fué el primer marqués de la Habana don José Gutiérrez de la Concha e Irigoyen, una de las figuras más notables de nuestra Historia, en su tiempo y su vida verdadero ejemplo de virtudes militares y ciudadanas, consagrándola por entero al bien de su Patria y al servicio de sus Soberanos.

Era hermano de don Manuel Gutiérrez de la Concha, marqués del Duero, muerto gloriosamente en Monte Muro.

Nacido en Córdoba de Tucumán, en la Argentina, hijo del brigadier de la Armada don Juan Gutiérrez de la Concha, que murió gloriosamente en defensa de la ciudad de Buenos Aires, prefiriendo la muerte a verla perdida para España, descendiente de preclaros e ilustres linajes, mi ilustre bisabuelo ingresó en la Orden de Santiago, el año 1831.

Cadete de Artillería a los trece años, fué, por su bravura y heroísmo, nueve veces caballero de la insigne Orden de San Fernando, de ellas, varias veces laureado.

Asistió, ya de capitán general, a casi todos los gloriosos hechos de armas que, empezando por Arlabán, culminaron en Morella, en defensa de su Reina y de la unidad de la Patria durante la primera guerra del Norte, distinguiéndose siempre, por su arrojo y excepcionales dotes militares.

Dos veces mereció que las Cortes le declarasen benemérito de la Patria. Fué tres veces capitán general de la isla de Cuba, de las Vascongadas y de Valencia; caballero de la Orden de San Hermenegildo, caballero del Toisón, gran cruz de Carlos III y de Isabel la Católica, gentil hombre de Cámara, gran oficial de la Legión de Honor y embajador de España en París, presidente del Consejo de ministros, ministro de la Guerra, presidente del Senado y del Consejo Supremo de Guerra y Marina; en fin, una gloriosa vida de setenta y tres años de servicios efectivos a su Patria y a sus Reyes.

Por estos méritos y relevantes servicios y, especialmente por los contraídos durante sus mandos en Cuba, mereció de Vuestra preclara abuela, la gran Reina Isabel II, la preciada merced del marquesado de la Habana, y vizcondado de Cuba, y la Grandeza de España unida al primero.

Muerto en 1895, fué la heredera de estos ilustres títulos mi abuela doña Carmen Gutiérrez de la Concha, marquesa de la Habana y vizcondesa de Cuba, que, por su matrimonio con mi no menos ilustre abuelo don Fernando de Arteaga Silva Carvajal y Téllez Girón, fué marquesa de Távara de Algecilla y de Guadalest.

Mi madre, doña María de Arteaga y Gutiérrez de la Concha, marquesa de Távara y Algecilla y de Guadalest, de quien soy primogénito por mi querido hermano que me hizo cesión del título que ostento, y por el que alcanzo la honra de cubrirme ante Vuestra Majestad.

Termino, Señor, haciendo en este acto, en que bondadosamente me concede Vuestra Majestad tan gran honor, promesa solemne de imitar las virtudes de mi bisabuelo, a que me obligan su nombre y glorioso recuerdo, reiterando aquí el mismo juramento que presté a mi ingreso en el Ejército, de consagrar y sacrificar, si fuera preciso, mi vida por Vuestra Majestad, S. M. la Reina, el Príncipe de Asturias y toda Vuestra Real Familia, para bien de la Patria.

El del marqués de Laconi.

SEÑOR:

Con la venia de Vuestra Majestad, según tradicional costumbre, voy a exponer los méritos de mis antepasados, especialmente aquéllos que los del linaje Castellví y marqueses de Laconi contrajeron; pero antes de comenzar, quiero Señor agradecerles el honor que Vuestra Majestad me dispensa, cubriéndome como Grande de España en Vuestra Real presencia.

El título de marqués de Laconi fué creado por Felipe III en cabeza de Jaime de Castellví y Castellví, IV conde de Laconi, VI vizconde de San Luri (9 enero 1600), caballero de Santiago, teniente general de la Caballería de Cerdeña, continuando la posesión de esta dignidad dentro del apellido Castellví, hasta nuestros días.

Felipe V, para premiar los servicios de Juan Francisco de Castellví y Lanza, le honró con la Grandeza de España cuando era VII marqués, XI vizconde, caballero de Calatrava, capitán de guardias de la Real persona, con mando de la llamada «Guardia de la Cuchilla», creada por la Majestad de Carlos V; gentil hombre de Carlos II, su mayordomo y gobernador de la Casa, del Consejo Supremo de Aragón, más tarde general de las galeras de Sicilia y virrey de Cerdeña.

La Historia, Señor, de Valencia y Cataluña, tienen llenas sus páginas de episodios, de los que son protagonistas caballeros de linaje Castellví.

Oriundos de Borgoña, entran en Cataluña (1095), y hereda Guillermo los castillos de Mariscat, Rosanes y Castellví de la Marca, jurando fidelidad al conde Ramón de Berenguer III (IV).

Figuran sus sucesores, ascendientes míos, por no interrumpida línea de varón, en todos los hechos seculares de nuestra Patria, y así vemos a Alberto asistir a la jornada sobre Mallorca; otro Guillermo sirviendo a Don Pedro II, combate contra el conde Simón de Monforte y Galcerán, que sirve al mismo Rey, alcanza gloriosa muerte en las Navas de Tolosa; Pedro de Castellví es conquistador de Valencia, figurando con el calificativo de «Miles»; otro Guillermo defendió los derechos de Don Juan I, y en la conquista de Cerdeña, sirven a Don Jaime I, Galcerán y Beltrán; Ramón y Gonzalo defienden a su Soberano contra los de la Unión; el último enarbola el Real pendón y es armado caballero por Don Martín, el día de su coronación en Zaragoza (1359).

Otro Galcerán realiza hechos notables acompañado por muchos caballeros de su casa, sirviendo a Don Juan II; Pedro y Gilaberto mueren en la conquista de Granada, Luis pierde la vida en Garella; Galcerán Joaquín de Castellví, Señor de Carlet, gentil hombre de Carlos V, le sigue en todas las guerras contra las ciudades rebeldes; fué en el sitio de Dura el primero que escaló el muro, matándole una bala de Artillería a la vista del Emperador, por lo cual este señor colmó de mercedes a su hermano Luis de Castellví y Mercader, su gentil hombre, caballero de Santiago, magnate principal a quien celebran todos los historiadores valencianos; Gilabert acompaña a Don Fernando el Católico a su entrada en Valencia; Juan Bautista, guardá también de la Real persona, combate en las Terceras; Carlos de Castellví escolta a la Reina Margarita, esposa de Felipe III, y este Monarca erige en condado el Señorío de Carlet como premio a los servicios del X Señor Jorge de Castellví, su gentil hombre.

Otro conde, Felipe Lino, entrega las llaves de la ciudad al proclamarse Carlos II. Nicolás Felipe, conde de la Villanueva y Castellá levanta pendón Real por Don Luis, hijo de Felipe II, y en 1804 se funden las tres ramas de apellido Castellví, Laconi, Villanueva-Castellá y Carlet, en la persona de Antonio Benito, quien al frente de los caballeros maestranes, lucha cerca de las Torres de Cuarte, es promovido a coronel, muriendo en la batalla contra los soldados de Napoleón, como también su primogénito Nicolás y Miguel, su sobrino; Antonio Castellví y Fernández de Córdoba imita a su padre, acude con gente armada a su costa a defender Zaragoza, más tarde Segorbe, y su hijo, mi abuelo Antonio de Castellví y Shelly, coronel del cuarto escuadrón de María Cristina, combate en África.

Mi abuela doña Carmen Ibarrola, hija del general y ministro de la Guerra marqués de Zambrano, caballero de Carlos III, ostentaba la banda de María Luisa.

Doña Elena de Castellví y Shelly fué la esposa del Infante de España Don Enrique, como ya lo dijo el duque de Santa Elena, mi tío, al cubrirse en Vuestra Real presencia.

Mi padre, el vigésimo segundo barón de Torres-

Torres y décimoquinto conde de la Villanueva, con su hermano el décimo conde de Carlet, tomó parte activa en la Restauración, siendo después este último caballero del malogrado Don Alfonso XII (q. g. h.) agosto padre vuestro, y recientemente un capitán de Ingenieros, piloto aviador, mi hermano queridísimo Rafael de Castellví, ofrendó su juventud y su existencia en Cuatro Vientos, después de haber cumplido en Melilla como militar valeroso, mereciendo se le abriera juicio contradictorio para la laureada.

Fué mi madre hija de los barones de Horteiga, de la Casa de los Señores de Rulosa, en la villa de Pomar, de noble estirpe, como lo prueba la cruz flordelisada de sable, cargada de la de gules, sobre mi pecho.

Mi esposa se llama doña Casilda Trenor y Palavicino; es hermana del marqués de Mascarell de San Juan, y por su apellido pertenece a una Casa valenciana, bien conocida de V. M. algunos de cuyos miembros han merecido mercedes Reales y títulos nobiliarios: marqués del Turia, conde de Trenor y Grande de España, conde de Vallesa de Mandor. Su madre pertenecía a la Casa de los marqueses de Mirasol, barones de Frignani y Frignistani.

Ambicioso, Señor, poder agregar a tanto mérito de mis ascendientes algunos personales, deseando probarlo a Vuestra Majestad y mi Patria con hechos.

Pido a Dios y la Virgen de los Desamparados continúe siendo vuestro reinado de gloria para nuestra querida España.»

El del conde de Bilbao.

«SEÑOR:

Al tener el honor de cubrirme en vuestra Real presencia, en estos momentos solemnes, han de ser mis primeras palabras de agradecimiento a Vuestra Majestad, que me honra, y para vuestra augusta madre la Reina Doña María Cristina, que recompensó a mi abuelo, el general Castillo, con el título y Grandeza, por la cual hoy me cubro.

Rindiendo homenaje a la tradición, me referiré brevemente a los que me precedieron en el apellido Castillo. Tuvo su origen en los primeros tiempos de la Reconquista; fué su primitivo y antiquísimo solar el de Castillo Pedroso, en Trasmiera, Montañas de Santander, del que era originario mi duodécimo abuelo don Juan Sáenz de Castillo Arratia, fundador en el siglo XV de la casa-torre y Mayorazgo de Castillo de la Concha, en el valle de Carriedo, que aún poseo.

Enlazaron con otras ilustres Casas de la Montaña; fueron muchos cruzados en las Ordenes militares y brillaron en la milicia, que tan ancho campo les prestaba, en las luchas de la Reconquista y en el Nuevo Mundo, donde derramaron su sangre por su Patria y por su Rey.

Tócame, Señor, por línea materna el apellido Salazar, de antiguo ilustre origen, como descendiente de Endón Gran Duque de Aquitania, del que era nieto Galindo Gastón de Salazar, mi trigésimo abuelo; tuvieron su domicilio en Navarra en el valle a que dieron su nombre, y se establecieron en Vizcaya en el siglo XII; descollaron en las armas y en las letras, y su consejo y su voz fueron oídos en las Juntas del Muy Noble Señorío de Vizcaya, donde siglos después las guerras civiles ensangrentaban su suelo y era escenario de tantos hechos heroicos hasta llegar el sitio de Bilbao de 1874, en el que mi abuelo materno, el general don Ramón de Salazar y Mazarredo, como presidente de la Junta de Armamento y Defensa, cooperó eficazmente a la heroica defensa que de la villa hicieron el pueblo y el Ejército, y que dirigió como gobernador militar de Vizcaya mi abuelo paterno, don Ignacio María de Castillo y Gil de la Torre, de cuya larga vida militar, por ser moderna, de todos conocida, resaltaba un gran patriotismo, un exaltado amor a la disciplina y un hondo respeto y fidelidad a las Reales personas, que en muchas ocasiones demostró respeto y adhesión que a mi padre se transmitieron y que él supo inculcar en mi pecho.

Tales ejemplos, Señor, servirán de acicate a mi voluntad para que algún día pueda ser útil a mi Patria y a Vuestra Majestad.»

CON MOTIVO DE UNA FIESTA EN HONOR DE LOS REYES EL PALACIO DE LOS DUQUES DE MEDINACELI

Los Duques de Medinaceli, obséquian esta noche con una comida, seguida de baile, a los Reyes, la Princesa de Salm Salm y el marqués de Carisbrooke. La fiesta tiene un carácter íntimo y, no obstante, por ser en tal Palacio, revista gran importancia. Los Medinaceli representan una de las principales casas de la nobleza española y hacia ella es natural que converja la atención de toda la Sociedad madrileña en cuanto se anuncia en su mansión una fiesta más o menos importante.

Don Luis Fernández de Córdova Salabert y La Cerda, duque de Medinaceli de Segorbe, de Feria, Alcalá, Cardona, Lamiña y Santisteban; diez y seis veces marqués; catorce conde; tres vizconde y diez veces grande de España, vive con su esposa doña Ana Fernández de Henestrosa y Gayoso de los Cobos, y con sus hijas, en el magnífico palacio madrileño de la Plaza de Colón, que alternan con su hermosa finca de «La Almotaima», en Andalucía.

Dos pasiones tiene el duque: su familia—su hogar—y la caza. Por la primera es feliz. Consagrado a ella y al mantenimiento del ilustre de su casa, el duque de Medinaceli es hoy el jefe de una de las más poderosas familias españolas. En la caza ha encontrado el complemento de su felicidad. No es el duque un cazador de afición que, en llegando la época, asiste a más o menos aristocráticas fiestas cinegéticas. Cazador por vocación, sus entusiasmos le han llevado varias veces al África oriental inglesa para cazar panteras, y otras varias a las regiones árticas para derribar osos blancos y matar focas. Hace unos tres años fué la última excursión de este género del duque, y en ella los riegos de los intrépidos cazadores corrieron parejas con sus audacias. Además, el de Medinaceli es tan buen tirador, que apenas falla en sus disparos. Un ejemplo: en una de las últimas cacerías celebradas en el coto andaluz de Doña Ana, propiedad de los duques de Tarifa, solo un ciervo «entró» al de Medinaceli en la demarcación de su puesto. Y el duque lo derribó con un solo balazo de su rifle.

Testimonios de esta afición suya por la caza son los varios libros que sobre artes venatorias tiene publicados; su magnífica biblioteca y su rico archivo—organizado por el señor Paz y Meliá, y en el que, al lado de preciadísimos documentos históricos y genealógicos, existen muchos trabajos sobre caza y viajes,—y sobre todo, su verdadero museo de Historia Natural, en el que aparecen innumerables ejemplares de animales más o menos raros, disecados con esa habilidad y esa ciencia que acreditan a los señores Benedito, hermanos del gran pintor y del compositor notable.

El duque de Medinaceli, hijo del anterior duque y de la condesa de Ofalia—hoy duquesa de Santo Mauro,—supo elegir por compañera a una bella y elegante dama—ya he dicho su nombre,—hija de los marqueses de Camarasa. Dios quiso concederles la ventura de dos hijas, que alegran con sus juegos y con sus gritos las grandes y suntuosas estancias del palacio de la plaza de Colón.

Fué mandado edificar este palacio por el duque de Uceda, quien poco después se lo vendió al marqués de Salamanca. En los primeros años de la Regencia de la Reina doña Cristina, la duquesa de Denia, doña Angela Pérez de Barradas, abue a del actual duque de Medinaceli, adquirió el palacio, trasladándose a él desde el antiguo de Medinaceli—donde hoy se halla el Palace Hotel,—que fué en tiempos morada del

duque de Lerma, privado de Felipe III. El palacio de la plaza de Colón fué reformado, ensanchado y decorado bajo la dirección personal de la duquesa, dama de muy buen gusto, que supo hacer luego de sus salones centro de reunión de literatos y de pintores.

Heredado después el palacio por el duque de Medinaceli actual—nadie ignora que su padre murió muy joven,—hizo éste nuevas reformas, edificando algunos pabellones auxiliares, en los que se instalaron las oficinas, otras dependencias y caballerizas, convertidas ahora en garage de automóviles y en cochera donde se conservan las dos carrozas de gala de la casa ducal.

El interior del palacio puede calificarse de regio. Aparentemente, con poca diferencia, está la mansión lo mismo que antes del incendio de 1917.

Da acceso al palacio un soberbio portalón, en cuyo frente arranca la soberbia escalera de honor, obra del famoso escultor Suñol. Alegorías mitológicas de gran inspiración y otras obras escultóricas la adornan. Unas figuras de niños, modeladas por Benlliure, completan la regia decoración. Los bronceos son delicadísimos trabajos de Antonio Susillo. Sobre la escalera pendía una magnífica lámpara de bronce que, cuando el incendio, se destrozó contra las piedras. Arreglada, o más bien rehecha, ha vuelto a lucir espléndida. En el primer rellano se halla un banco, portentosa talla del siglo XVI, en el que los antiguos duques de Medinaceli ejercían la justicia. A sus lados aparecen dos sillas de mano. La escalera termina en una galería, que se abre a la luz en elegante columnata.

Ya en el piso principal, al frente, se abre una gran puerta que pone en comunicación con la sala de la armería, cuya riqueza histórica y material solo es superada en España por la Armería Real. Las paredes de este salón, así como la puerta de entrada, están cubiertas con magníficos tapices antiguos, bordados en oro, de los cuales tres pertenecen a una colección que representaba «Las bodas de Mercurio». La sala es inmensa; su techo, obra primorosa, es de estilo mudéjar. En el centro aparecen numerosas armaduras, que fueron de Gonzalo de Córdoba, «el Gran Capitán», ascendiente del duque, y de otros ilustres caudillos de la casa. Entre ellas merece especial mención, por su mérito, la armadura del duque de Alcalá. También llaman la atención los uniformes, sobre maniqués, del batallón que los duques de Medinaceli costearon y formaron durante la guerra de la Independencia. Por eso, en esta armería no existe ninguna espada; todas las que había fueron entregadas entonces al pueblo de Madrid para su defensa. Pero si no hay espadas, existen, en cambio, junto a las armaduras, panoplias y rodélas, escudos y lanzas, cascos y coseletes, pendones antiguos, los timbales con que se hacía antes publicar la Bula y un modelo del navio «La Real Trinidad». Por fortuna, el fuego de hace cuatro años respetó íntegramente la inestimable armería.

Las galerías altas y bajas constituyen un verdadero museo de pinturas. Allí se admiran obras maestras de Van Dyck, de Tiziano, del Españoleto, de Murillo y de Zurbarán. Junto a ellos,

ya antiguos huéspedes en el palacio, se ven dos nuevos vecinos de la casa: son un cuadro del Greco, traído recientemente del pueblo de Medinaceli, que representa «La oración del Huerto», y un retrato de Felipe II, coronado por la Gloria, debido al pincel de Rubens. En la galería baja se hallan dos fuentes pompeyanas, que son dos verdaderas maravillas. Son obra de Mariano Benlliure, y ello basta para comprender el primor de la obra escultórica.

En el piso principal, ocupando la serie de salones cuyos balcones dan a la calle de Génova, está el Museo de Historia Natural, en el que, en magníficas vitrinas, se exponen rarísimos y valiosos ejemplares de muy distintas especies. En los muros aparecen numerosas cabezas de ciervos, jabalies y tigres. Y en el centro de la estancia principal, destacándose sobre las vitrinas, surge una enorme girafa cazada también por el duque en una de sus excursiones.

En el mismo piso, sobre la puerta de entrada de la plaza de Colón, se halla el gran salón de fiestas, que fué el que más sufrió con el fuego. Sin embargo, su techo abovedado, pintado por Muñoz Degraín—una de sus mejores obras,—fué respetado por las llamas. Este salón se convierte en sala de teatro, y cuenta para ello con un soberbio tapiz, que sirve de telón.

A la izquierda de esta estancia se encuentra la capilla, de puro estilo mudéjar, obra del malogrado artista Arturo Mérida. La propiedad de la reproducción de aquel estilo es perfecta. Para que así fuera, la duquesa de Denia hizo repetidos viajes a Toledo, y allí fué señalando con su fino gusto artístico los modelos que más le gustaban para su capilla.

Otros salones del piso principal son interesantes: el del «Idilio», que debe su nombre a un hermoso cuadro de ese título de Gonzalo Bilbao; el de Luis XVI, maravilla de lujo y de buen gusto; el gabinete que ofrece, en notables marcos de talla, los diplomas obtenidos en distintas Exposiciones por los productos industriales y agrícolas de las fincas de la duquesa de Denia, junto a un notable cuadro del pintor Luna Novicio, que representa una cabeza romana, en cuyas facciones se ha advertido cierta semejanza con las de la duquesa; otro salón Luis XV y otros gabinetes y salas de menor interés artístico.

En la planta baja está, además de la biblioteca, el salón llamado de los Jordanes, porque guarda tres cuadros de Lucas Jordán, que reproducen escenas de la «Jerusalén libertada»; otros salones, entre ellos el billar, y el comedor, hermosa pieza, tapizada con rica tela de color rojo cobrizo con zócalo de ébano. En sus paredes se admiran bandejas de plata repujada y un gran cuadro, que representa una batalla en la bahía de Nápoles, cuando éste era un Estado español y acaso su virrey un duque de Medinaceli.

Estatuas romanas, bustos modernos, una figura del «Lazarillo de Tormes», de Susillo, y otras obras artísticas figuran además en galerías y salones.

Las habitaciones particulares de los duques y de sus hijas del principal están, como se puede suponer, acondicionadas con arreglo a los últimos adelantos modernos.

El jardín que rodea el palacio por sus fachadas Norte, Oeste y Sur, es espléndido. En él se conserva, como venerable reliquia, una palmera que presenció, en el otro jardín de Medinaceli, las fiestas de la época de Felipe III.

Tal es la residencia madrileña de los duques de Medinaceli, que nuevamente ha abierto sus puertas a los Reyes y a la aristocracia española.

DIEGO DE MIRANDA

LA VILLA MOURISCOT

CASA BALDUQUE

Bombones selectos—Marrons
Glacees—Caramelos finos.

Cajas para Bodas
SALON DE TE

Serrano, 28

*España. España.
Recordad su pasado, contemplad su presente, pensad en su porvenir.
Es la Patria.*

No hay en el mundo concepto más hermoso que el que encierra el nombre de una madre.

Al mismo tiempo que el de madre, enseñad a vuestros hijos a pronunciar el nombre de España.